

2011

Celos con celos
se curan.

37

Rafael Téllez

CELOS CON CELOS SE CURAN,

COMEDIA.

PERSONAS.

CESAR.
CARLOS.
SIRENA.
NARCISA.
DIANA.
ALEJANDRO.
MARCO ANTONIO.

17

GASCON.
UN CORTESANO.
UN ALCAIDE.
UN PAGE.
DOS CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Milan y estramuros.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

CESAR. CARLOS. GASCON.

CESAR.

¿Hemos de apartarnos mas
de la ciudad, Carlos?

CARLOS.

No,

que la ribera del Pó,
que murmurar viendo estás,
mientras de Milan te alejas,
si en sus cristales te avisas,
agravios vende entre risas

25-11-20

25

25

CELOS CON CELOS SE CURAN.

á tu amistad y á mis quejas.

CESAR.

No te entiendo.

CARLOS.

No me espanto.

Déjanos solos aquí,

Gascon.

GASCON.

Siempre obedecí

á quien sirvo y quiero tanto,

y mas á estas ocasiones;

porque yo cuando hay envites,

digo *quiero* á los convites,

y descarto las cuestiones. (*Vase.*)

ESCENA II.

—

CESAR. CARLOS.

CESAR.

Ya estamos solos; procura
declararte: ¿es desafío?

CARLOS.

No nos oye mas que el rio,
que no ofende, aunque murmura.

Deja de aumentar agravios,

dudando de mi fe así;

que mis quejas contra tí

solo tienen en los labios

discreta jurisdiccion,

no en la espada; que, en efeto,

reverencian el respeto

que te debo.

CESAR.

La ocasion

con que las formas, repara;

que me suspendes y admiras.

CARLOS.

Por fabulosas mentiras

las propiedades juzgara,

que pintó la antigüedad
en la amistad verdadera ,
si hallarlas en tí quisiera.

CESAR.

¿Pues es falsa mi amistad ?

CARLOS.

Parécelo.

CESAR.

Dí el por qué.

CARLOS.

¿ Por qué (desata esta duda)
pintó á la amistad desnuda
quien su Apeles sutil fue ?
¿ Por qué , si no es en tu mengua ,
su lado abierto mostró ,
y del pecho trasladó
el corazon á la lengua ?
¿ Por qué le vendó los ojos ,
dejando libres los labios ?

CESAR.

Geroglíficos agravios
me proponen tus enojos.
Misterioso vienes. Digo
que si desnuda pintaban
la amistad los que enseñaban
leyes al perfeto amigo,
fue para darle á entender
qué entre los que la profesan ,
y su lealtad interesan ,
ningun secreto ha de haber.
Porque si se definió
que era un alma en dos sugetos ,
afirmando los discretos
que el amigo es otro yo ,
mal quedara satisfecho
de quien sus pasiones calla
el amigo que no halla
en un lugar lengua y pecho.
Mas yo , ¿ cuándo he delinquido
contra estas leyes ? ¿ qué llaves
no te ha dado el alma ?

CARLOS.

¿Sabes,
Cesar, que señor has sido
de la mia de tal modo,
que hasta el menor pensamiento
jamás de tu amor esento,
viéndote dueño de todo,
y á mí tan perfeto amigo,
ya grave, ya humilde fuese,
antes que yo le entendiese,
se registraba contigo?
¿Qué desdenes de Vitoria,
sol que adoro, qué desvelos,
ya bastardos por los celos,
ya hijos de la memoria,
dejé de comunicar
contigo, si tal vez hubo
que compasivo te tuvo
de tal suerte mi pesar,
que en recíprocos enojos
tanto amor nos conformó,
que porque lloraba yo,
afeminaste tus ojos?

CESAR.

Pendiente estoy de tus labios,
confuso con tus razones.
¿Las que son obligaciones,
Carlos, vuelves en agravios?
Si lloras, lloro contigo;
alégrame tu contento;
lo mismo que sientes, siento,
¿y me llamas mal amigo?
No te acabo de entender.

CARLOS.

Ya sabes que la igualdad
es hija de la amistad;
tu igual me veniste á hacer
el día que me llamaste
amigo tuyo.

CESAR.

Es así.

CARLOS.

De sangre noble nací,
si la ducal heredaste;
ya sé que tan cerca estan
tus partes de tu ventura,
que para hacerla segura
la corona de Milan,
un solo estorbo hay en medio,
de un sobrino que la goza,
tan enfermo en edad moza,
que diera fácil remedio
á mi deseo y tu estado
la muerte, si permitiera
cohechos, ó te quisiera
como yo, aunque mal pagado.

CESAR.

¡O Carlos! ¡cómo se entiende
que interesado tu pecho,
amistades que me ha hecho,
como mercader las vende!
Sácame ya del cuidado
con que suspenso te escucho;
que quien encarece mucho,
no se tiene por pagado.
Y pienso yo que en iguales
correspondencias de amor,
si ejecutas acrédor,
de la obligacion te sales
de deudor; pues te he querido
con tan limpia y pura fe,
que en ellas te perdoné
aun el serme agradecido.

CARLOS.

¡Muy bien lo muestras, por Dios!
Sea (y búrlate de mí)
tu secreto para tí,
y el mio para los dos.
Los amigos de importancia,
que se precian de leales,
en los bienes y los males
van á pérdida y ganancia.
Mas tú, que con los ingratos

quieres lograr tus intentos,
avaro de pensamientos,
con andar hoy tan baratos,
pretendes en los desvíos
con que me ocultas tu pena,
por gastar de hacienda agena,
ser pródigo de los mios.

¿Tú triste, Cesar, y yo
de la ocasion ignorante?
¿Tú desvelado? ¿tú amante,
y yo sin saberlo? No,
no busques vana salida
á culpas averiguadas.

De la soledad te agradas,
mi amistad aborrecida;
no comunicas tormentos,
ni yo quiero examinarlos:
ya, Cesar, te cansa Carlos.
Señor de tus pensamientos
has sido; yo te los dejo;
goza á solas tu cuidado;
los secretos que he fiado
de tí, te darán consejo.
No llevo ninguno tuyo
que restituir te deba;
prueba otros amigos, prueba
(y con aquesto concluyo)
amor sin comunicar,
mientras dejas ofendida
una amistad de por vida,
que ya por tí es al quitar.

(Quiérese ir.)

CESAR.

Aguarda, Carlos; espera,
satisfaré tus engaños.
¿Amistad de tantos años
por ocasion tan ligera
se rompe? Facilidad
notable á culpar te viene:
mas no es mucho; tambien tiene
sus melindres la amistad.
Tambien la asaltan recelos;

que la amistad en rigor,
por lo que tiene de amor,
quejas forma y pide celos.
Es verdad que quiero bien
en parte que corresponde
agradecida: ni dónde,
ni cuándo, Carlos, ni á quién
te he dicho; que como sigo
leyes que á la amistad puso
mas la antigüedad que el uso,
y sé que el perfeto amigo
no quiere ni intenta mas
de lo que quiere y intenta
su amigo, no juzgué á afrenta
la que en la cara me das;
pues en este fundamento
mi amor oculto creyó
que gustando de esto yo,
estuvieras tú contento.
Mas pues me llamas ingrato,
y á lo interesable vives,
secretos das y recibes,
y ya es tu amistad contrato,
oye, aunque el límite pase
que me puso á quien respeto;
pues debiéndote un secreto,
que sin que yo te forzase,
me donaste liberal,
si hago pleito de acredores,
tus deudas son anteriores,
y es bien pague al principal;
pero advierte que no es justo
que pagarte mas intente
de aquello que cabalmente
te debo.

CARLOS.

Logra tu gusto:
la deuda quiero soltarte;
no ofendas tu mudo amor.
Mírasme como acredor;
claro está que he de enfadarte.
Quédate, Cesar, con Dios.

CESAR.

(Deteniéndole.)

Eso no ; desobligado
has de dejarme, y pagado
has de partirte ; los dos
hacemos cuenta ajustada.
Ya estriba esto en interés ;
si te has de ir , vete despues
que yo no te deba nada.
Que amabas dijiste un dia ;
y antes que mas te esplicasas ,
y tu dama me nombrases ,
yo , que en la filosofia
estoy diestro, de los ojos ,
y los tuyos registré ,
que era Vitoria alcancé
la causa de tus enojos.
Haz tú otro tanto tambien ,
si igual fineza te obliga ;
porque yo, cuando te diga
mi amor , no te diré en quien
le empleo.

CARLOS.

Enojado estás.

CESAR.

No estoy, que es la causa leve ;
pero harto hace quien debe
en pagar, sin que dé mas.

CARLOS.

Dí; que porque serte intento
de provecho en tus cuidados,
con paciencia tus enfados
quiero sufrir.

CESAR.

Está atento.

En un festin que el duque mi hermano hizo
una noche.... (engañéme; un claro dia ;
que agregacion de luz desautorizo ,
si á tanto sol describo noche fria)
pródiga la hermosura , y en su hechizo
perdida la beldad que Chipre cria ,
competidores discrecion y gala ,

y dilatada gloria en breve sala ;
 cuadros de estrellas sostituyen flores,
 ya jardin el salon, que amor cultiva,
 si estrados, de este abril usurpadores,
 no estrañan que en tal cuenta los reciba ;
 cercado de bellezas y valores ,
 el teatro ducal y la festiva
 ocupacion sonora , en instrumentos
 principio dió al sarao y á mis tormentos.
 Libre gozaba yo la ejecutoria
 con que el descuido me eximió tributos,
 que rinde el alma y guarda la memoria ,
 pechando penas mas á menos frutos.
 ¡Qué cerca está el tormento de la gloria!
 ¡Qué bien pintó el placer cortando lutos
 aquel que á los umbrales del sosiego
 la inquietud retrató pegando fuego !
 Licenciosa la vista se derrama
 por venenosos campos de hermosura ,
 présago amor de ejecutiva llama ,
 que libre cuello sujetar procura:
 ví, Carlos , en efeto , ví á una dama,
 imperiosa opresion de mi ventura ,
 que presidiendo en tribunal de estrellas,
 lo que esta desperdicia, logran ellas.
 Gozaba , al lado suyo, un caballero
 privilegios de fiestas semejantes,
 de incógnito valor, cobarde acero ,
 desvalido entre méritos amantes.
 No te sabré afirmar cual fue primero ,
 ó amar, ó estar celoso; mas sé que antes
 que advirtiese mi estado peligroso ,
 si amante me admiré, temí celoso.
 Salí á danzar , ya rayo de venganzas ,
 por malograr indigna competencia ,
 y á la marquesa saco : entre mudanzas
 festivas (mal presagio , á la esperiencia)
 sembró risueña en celos esperanzas ,
 espinas que coronan la paciencia :
 yo de veras amante , el festin juego ,
 cesó la danza y comenzó mi fuego.
 Ocupé el lado, si cobarde amando ,

atrevido, celoso, y suspendiendo
discursos á la lengua, hablé mirando,
propuse mudo, y obligué temiendo;
ella cifras de amor delectando,
lo que negó callando, pagó viendo.
¡O amor, al principiar dulces enojos,
idiota en labios, elocuente en ojos!
Puso á la fiesta fin la aurora, llena
de envidias mas que aljófares: ¡qué prisa
á mi espaciosa suspension! ¡qué pena
á obscura ausencia, su purpúrea risa!
Acompañé hasta el coche á mi Sirena....

CARLOS.

¿Que Sirena es la dama, que me avisa
tu inadvertencia? Mas que á tu cuidado,
á tu descuido quedaré obligado.
Ya, Cesar, me sacaste de adivino:
prosigue.

CESAR.

¿Para qué, si soy tan necio,
que ofendiendo secretos, descamino
dichas de amor, y leyes menosprecio?
Pasó á la lengua el alma; en ella vino
Sirena aposentada; que no precio
sin Sirena, vital accion. ¡Qué asombro!
vivo en nombralla, y muero si la nombro.
Ya, Carlos, sabes mas que yo quisiera;
vencísteme, y perdíla por nombralla.
¡O lengua para el mal siempre ligera!
¡O pecho, descuidado á refrenalla!
Si eres leal, si quieres que no muera,
su nombre se te olvide, ó si no, calla;
que si alcanza á saber que está ofendida,
desacredito á amor, pierdo la vida.

CARLOS.

¡Ah Cesar! ¿quién pudiera ejecutivo
quererte menos, por vengar agravios?
¿Qué importa conocerla, si en tí vivo?
Lo que me ocultas tú, debo á tus labios.
Prosigue con tu amor ponderativo,
y estima en mas respetos, si no sabios,
leales en sufrirte, y no ofenderte;

que al olvido la nombras , ó á la muerte.

CESAR.

¿Qué quieres , caro amigo , que prosiga?
Facilitó imposibles la frecuencia ;
muchas veces la hablé ; muchas obliga
á firme resistir , firme asistencia.
Desdeñosa al principio , ya mitiga
rigores ; ya al amor (correspondencia
que caudalosa en voluntades trata)
risueña obliga , y satisface grata.
Solo de tu amistad... (¿ Diré envidiosa?
Bien puedo ; que no quiere que á la parte
entres con ella en alma , que imperiosa
duda de gobernar , sin desterrarte)
premática me puso rigurosa ,
con privacion de no comunicarte
su nombre , ni mi amor ; y esto con pena
que en sabiéndolo tú , pierdo á Sirena.
Sé agora , Carlos , juez de mi indiscreto ,
roto silencio ya ; serás testigo
de mi muerte tambien , si á su respeto
te atreves , y á la ley de hidalgo amigo.
De mi alma eres señor , de mi secreto ,
con la sortija de Alejandro obligo
tus labios y lealtad ; porque al sellarlos ,
la fe que á Efestion obligue á Carlos.

ESCENA III.

—

GASCON.—DICHOS.

GASCON.

¡ Damas , cuerpo de Dios , damas !
Despedid por hoy enojos ,
y desenvainad los ojos ,
que en las amorosas llamas
un crítico los llamó
espadas negras de esgrima.
A Sirena y á su prima
cierto coche malparió

en ese jardín frontero,
 porque entre sus hortalizas
 flores se llamen mellizas,
 y su comadre el cochero.
 Visto os han, y acá se aplican:
 amor en el campo es hambre,
 y todo encuentro fiambre
 da apetito; si se pican,
 dos á dos estais.

CESAR.

Ya temo
 con qué ojos miraré,
 Carlos, á quien quebranté
 el primer precepto.

CARLOS.

Estremo
 escrupuloso es el tuyo;
 ya yo no tengo memoria
 de lo dicho. A mi Vitoria
 voy á ver. ¡Ay Dios!; si suyo
 me llamara! Tú entretanto
 que sus rigores mitigo,
 prosigue dichas, amigo,
 proseguiré yo mi llanto;
 que en mis penas divertido,
 si tú en tu gloria elevado,
 sabrá en tu amor mi cuidado
 darme por desentendido.

(Vanse Carlos y Cesar.)

ESCENA IV.

—
 GASCON.

Dama falta para mí;
 el primer lacayo soy
 que huérfano de hembra estoy.
 Dijérala, á hallarla aquí,
 á fuer de cómico humor:
 «y ella ¿no nos dice nada?»

Respondiérame alentada :
 «y él ¿ sabe tener amor?—
 Y ella ¿qué gusto embaraza?
 ¿qué voluntad fregoniza?—
 Y él ¿en qué caballeriza
 ejercita la almohaza?—
 Y ella ¿ á quién vende novillos?—
 Y él ¿cuánto há que es moscatel?»
 Porque eso de ¿y ella? ¿y él?
 dan al gracejo estrivillos.
 Mas pues lacayo soltero
 soy, y no hay con quien hablar,
 iréme á cochiquizar
 un rato con el cochero. (*Vase.*)

ESCENA V.

SIRENA y DIANA. CESAR, *siguiéndolas.*

SIRENA.

Estas riberas frecuento
 con notable inclinacion.

DIANA.

Animan la suspension
 de tu altivo pensamiento
 sus márgenes siempre amantes,
 que contra estivos rigores,
 humildes ya en niñas flores,
 locas ya en plantas gigantes,
 tejiendo lazos estrechos,
 criaturas de él parecen,
 que aves cantan, vientos mecen,
 y él alimenta á sus pechos.

SIRENA.

Poéticas descripciones
 autorizas.

DIANA.

Entretienen
 mientras oscuras no vienen
 á deshermanar razones.

Mas advierte que hemos sido
asaltadas.

SIRENA.

¿Cómo así?

DIANA.

Cesar, tu amante, está aquí.

SIRENA.

La primer vez que ha venido
desacompañado, es esta.

¿Cesar sin Carlos? ;Estraña
novedad!

DIANA.

No se acompaña
amor ; que no manifiesta
sus secretos : soledades
busca toda suspension.

SIRENA.

Dí leyes de mi aficion,
que malogran amistades.

CESAR.

(Llegándose á las damas.)

Viendo yo la compostura
de este sitio, prenda mia ,
las nuevas flores que cria
su aventajada hermosura ,
luego dije á mi ventura :
«¿tan alegre esta ribera?
¿tan florida y lisonjera?
notable ocasion tendrá ;
que quien tan compuesta está ,
visita ó huésped espera.»
No salió mi consecuencia
mentirosa ; si bien veo
que no es cortés este aseo ,
sino loca competencia.
El campo en vuestra presencia ,
con arrogante osadía
parece que os desafia ,
y en plaza de armas de flores ,
esperanzas y temores
le dan miedo y osadía.
Competencia es desigual ;

envidias de perlas llora ;
rindióse, ya es vencedora
la marquesa del Final.
Los pies os besa en señal
de que humilde os obedece ;
ya le pisais , ya florece
de nuevo: dichoso ha sido
quien pisado y oprimido ,
risa aumenta , y flores crece.

SIRENA.

Ni el rio, Cesar, ni el prado
enseñaros á hablar pudo ;
que uno y otro obrando mudo ,
cuerdo obliga , y causa agrado.
Hasta el rio es tan callado ,
que con reinar su corriente
desde su ocaso á su oriente,
palabras aborreció
tanto, que se llama el *Pó*,
con dos letras solamente.
Vos, al contrario, perdiendo
suertes que estoy recelando,
llevais mal amar callando,
y obligar obedeciendo.
Perficionaros pretendo,
Cesar, porque en mi aficion
no tendrá jurisdiccion
(esta altivez perdonad)
ni parlera voluntad,
ni ocupada inclinacion.

CESAR.

¿ Pues quién , si no lo fingís ,
ocupando el alma mia
os usurpa monarquía
que sola en ella adquirís ?

SIRENA.

Pensamientos divertís ,
que yo quisiera ocupados,
y menos comunicados
con quien, no sé si indiscreto ,
desacredita el secreto
que abona vuestros cuidados.

Este Carlos ha de echaros ,
Cesar, á perder sin duda.

CESAR.

Con él mi voluntad muda,
no se ha atrevido á agraviaros ;
obedeceros y amaros
son el arancel que sigo
tanto , que con ser mi amigo ,
y una alma sola los dos ,
porque me lo mandais vos ,
le agravio y le desobligo.
Ni yo le he comunicado
desvelos de mi ventura ,
ni él, aunque los conjetura,
saberlos ha procurado.

SIRENA.

Andais vos muy alentado ,
Cesar, para no tener
amigo con quien hacer
plaza de favorecido;
que suele, si está oprimido
un secreto , enflaquecer.
Vos solo en mi voluntad
sois absoluto señor;
si es correspondencia amor ,
pagadme con igualdad ;
no ha de ocupar su amistad
alma que se llame mia ,
por mas que en ella porfia
vivir quien me la usurpó ;
que soy muy gran huésped yo
para estar en compañía.
Carlos , sea ó no leal ,
me cansa , y no será bien ,
Cesar , que querais vos bien
á quien me parece mal;
dejarle será señal
de que á mi amor os obligo.

CESAR.

Mirad , señora....

SIRENA.

Esto os digo :

leyes de mi gusto son:
Cesar, en resolucion,
ó con Carlos, ó conmigo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CESAR. DIANA.

CESAR.

Esperad , oid ; tenelda ,
Diana hermosa , obligalda
á que me escuche ; llamalda ,
reducilda , disponelda....

DIANA.

Si la amais , obedecelda ,
Cesar; que probar ordena
á costa de vuestra pena
la fe de vuestra aficion.

CESAR.

¿ Pues eso....?

DIANA.

En resolucion,
con Carlos , ó con Sirena. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CESAR.

Esto estriba ya en porfia
mas que en finezas de amor;
no hay belleza sin rigor,
ni altivez sin tiranía.
¡ Estos espíritus cria
la hermosura idolatrada!
¡ Ah presuncion encantada
en muger desvanecida ,
arrogante, si querida ,
terrible , si despreciada!

¿Que deje yo la amistad
de Carlos? ¿Que agravie yo
á quien debo tanto? El Pó,
padre de esta amenidad,
primero á la eternidad
casi de su curso frio
con mudable desvarío
ofenderá, y imprudente
nacerá mendiga fuente,
donde muere inmenso rio,
que con culpables mudanzas
ofenda la inclinacion
que aumenta mi obligacion,
y alienta mis esperanzas.
Ponga el tiempo en dos balanzas
mi amistad, mi ardiente pena;
que si á olvidar me condena
la una, fuerza ha de ser,
Carlos, por no te perder,
dejar de amar á Sirena.
Adórola; mucho digo:
¡oh ciegas contrariedades!
hallar podré otras beldades;
pero no otro igual amigo.
Si le dejo, me castigo;
piérdome, si no le dejo,
y en dos caminos perplejo,
hallo ¡extraña confusion!
mi desdicha en la eleccion,
y mi daño en el consejo.

ESCENA VIII.

CARLOS, *muy contento*.—CESAR.

CARLOS.

¿Cómo podré yo explicarte
mi gozo, amigo....? No digo
bien; que el señor no es amigo;
y viniendo á gratularte

duque de Milan, no es cuerdo
el título que te doy.
Tu vasallo, duque, soy,
cuando el ser tu amigo pierdo.
Murió tu sobrino, ya
duque de Milan te aclama
festiva á voces la fama,
y de suerte alegre está
la nobleza y pueblo junto,
que agradeciendo á la muerte
su dicha, olvida por verte
las obsequias del difunto.
En tu busca la nobleza
sale, y toda la ciudad;
trueque por la magestad
el título vuestra alteza,
y déme, para besarlos,
los pies.

CESAR.

Cuando estilo mudas,
me ofendes, por ver que dudas
de lo que te estimo, Carlos.
El parabien que me das,
dátele tambien á ti;
para tí soy lo que fui,
duque para los demas.
La fortuna no enagena
amigas jurisdicciones;
el norte de mis pasiones,
como sabes, es Sirena;
y puesto que pende de ella
toda mi felicidad,
por no perder tu amistad,
á riesgo estoy de perdella.
No me mudo yo, aunque herede;
Cesar para tí he de ser;
que Milan no ha de poder
lo que Sirena no puede.

CARLOS.

Pues ¿qué hay en eso?

CESAR.

Despacio

sabrás las contradicciones
de mis confusas pasiones.
Vamos agora á palacio ,
y mientras conmigo estás,
Carlos , á solas , no mudes
estilo , ni de mí dudes ;
que si apetezco ser mas ,
es para que mas poseas.

CARLOS.

Eres Cesar , y de modo
lo vengas á ser del todo ,
que Cesar Augusto seas. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

SIRENA. DIANA.

SIRENA.

¿ Duque Cesar ?

DIANA.

Premia el cielo
partes dignas de reinar ;
creció á sus plumas el vuelo
tu amor ; ya te puedo dar
plácemes.

SIRENA.

¿ De qué ?

DIANA.

El desvelo
con que Cesar te ha servido ,
aumentará en tu favor
deseos contra el olvido ;
que en el noble crece amor
con el estado.

SIRENA.

He nacido ,
Diana , tan sobre mí ,
que si le favorecí
hasta este punto , no sé
desde agora lo que haré.

DIANA.

¿Qué dices? ¿estás en tí?

SIRENA.

Estoylo, y tanto, que crece
mi olvido con la razon.

Crêrás que me desvanece
la ducal ostentacion

que esa esperanza me ofrece;
mas puesto que él lo merezca,
yo solo intento querer,
aunque soberbia parezca,
amante que engrandecer,
no duque que me engrandezca.

Llegará á mí presumido,
cuando no desvanecido,
Cesar á hablarme, y crêrá
que sus dichas pisan ya
celos, desdenes y olvido.

¿Qué grave que entrará á verme!

¿Mas que hace, para obligarme,
magestad el pretenderme,
favor el solicitarme,
y pasatiempo el quererme?

DIANA.

¡Ay prima! déjate de eso;
que pones en opinion
tu cordura.

SIRENA.

Todo esceso

altera la discrecion,
Diana, y oprime el seso.
Hombre que duda dejar
por mí un amigo, y causar
pudo en mi amor sentimiento,
¿no ha de obligar mi escarmiento?
¿no me ha de desestimar,
duque ya y entronizado,
de monarcas pretendido
por yerno, solicitado
de reyes, y persuadido
á deidades de su estado?

DIANA.

¿Luego no le quieres bien ?

SIRENA.

Infinito.

DIANA.

¿Pues qué intentas ?

SIRENA.

Que celos causa le den
de amarme mas.

DIANA.

De esas cuentas
no sé si has de salir bien.

SIRENA.

Esta alta razon de estado
mis quimeras han hallado ,
que ha de ser en mi favor :
con celos se aumenta amor ;
sin ellos es descuidado.
Cesar duque de Milan ,
de lisonjas aplaudido ,
si desvelos no le dan
recuerdos , prima , en su olvido
mis deseos penarán.
A mas dificil empresa ,
mas ardides , mas soldados.

DIANA.

¿ Y si te deja ?

SIRENA.

Marquesa
me quedo , alivio cuidados ,
y esperanzas de duquesa.

DIANA.

Terrible , Sirena , estás.
Pero ¿ con quién le darás
celos , rabiosos venenos ?

SIRENA.

Con hombre que valga menos ,
para que lo sienta mas.
Marco Antonio , aquese necio ,
para esto me ha parecido
bien , aunque de poco precio.

DIANA.

Celos engendran olvido ,
si paran en menosprecio.

SIRENA.

Yo he de probar los quilates
de los celos.

DIANA.

Grande error
es que probar hombres trates;
porque pruebas en amor
suelen llorar disparates.

ESCENA X.

—

MARCO ANTONIO.—DICHAS.

MARCO.

Por no ver los regocijos
que á Cesar previene el pueblo ,
á ese Cesar venturoso ,
(perdóneme si le afrento ,
cuando este nombre le aplico;
que yo no sin causa pienso
que necedad y ventura
en este siglo es lo mismo)
salí á divertir envidias
á esta soledad , creyendo
crecer en ellas pesares;
porque los mismos efetos
causan la música y campos ,
si es verdad que son aumentos
de tristezas en el triste ,
de gustos en el contento.
Mas piadosa la fortuna
dió á mis pesares consuelo ,
cuando menos le esperaba ,
con vuestro dichoso encuentro ;
pues del modo que se olvidan
naufragios tomando el puerto ,
heridas con la vitoria ,

y trabajos con el premio ,
mis envidias se olvidaron ,
hermosa marquesa , viendo
en vos cifrado mi alivio ;
pues no hay penas donde hay cielos.

SIRENA.

Enfermos de un mal los dos ,
Marco Antonio, nos podremos
consolar el uno al otro ,
si consuela el mal ageno.
Yo tambien á estas riberas
contaba los desaciertos
en que la fortuna loca
constituye su gobierno.
Cortó en agraz el abril
del mas ilustre mancebo
que vió Milan en su silla ,
que dió esperanzas al tiempo ;
dejó en su lugar á Cesar ,
si antes de heredar soberbio ,
juzgad vos qué tal será
ya señor , ya no heredero.
No hay eleccion en los hados ;
desde sus principios fueron
naturaleza y fortuna
opuestas en sus efetos.
¿ Cuánto érades vos mas digno ,
noble , gallardo , discreto ,
cortés , liberal , afable ,
que un hombre en todo diverso?

MARCO.

Ya que esa merced me haceis ,
y adorándoos , no hay secreto
que ose el alma reservaros ;
yo , mi Sirena , os prometo
que llegándome á mirar ,
no há mucho , al líquido espejo
de ese cristal fugitivo ,
dije (sus flores lo oyeron):
"si méritos y no dichas ,
entronizaran sujetos ,
sin escepcion de personas ,

¿quién me negara el imperio?
 En los dotes naturales ,
 ¿qué me falta ? ¿qué no tengo?
 Sangre ilustre , deudos claros ,
 alma noble , gentil cuerpo ,
 generosa inclinacion ,
 alentados pensamientos ,
 en la adversidad constantes ,
 en la prosperidad cuerdos ;
 infatigable al trabajo ,
 festivo y galan en juegos ,
 para el amigo apacible ,
 para el contrario severo ;
 estudioso , cortesano ,
 y sobre todo , ¿dirélo?
 de la marquesa bien visto ,
 con que á mi dicha eche el sello."

DIANA.

(*Aparte.* Tal te dé Dios la salud.
 ¿Hay presumido mas necio?
 Buen competidor escojo
 para darle al duque celos.)
 No desmereceis conmigo
 por alabaros , si es cierto
 que quien á sí no se estima ,
 causa en otros menosprecio.
 Mas con eso me obligais ;
 que el propio conocimiento
 incita á heróicas acciones ,
 y mas siendo como el vuestro.
 Creed , señor Marco Antonio ,
 que pudo en mí el conoceros
 tal vez tanto , que ha formado
 quejas contra vos mi sueño.
 Contemporizad prudente
 de la fortuna sucesos ,
 ciegos como quien los guia :
 Cesar es duque , en efeto ;
 conformaos con sus vasallos ;
 id galan , dalde compuesto
 parabienes pesarosos ,
 aplaudilde lisonjero ;

que yo , por contrapesar
 vuestros justos sentimientos ,
 añadiré á vuestras galas
 favores , agora , honéstos.
 Esta banda de diamantes
 tuvo á un príncipe por dueño ,
 que por vos pongo en olvido ,
 mejorada ya de empleo.

(*Dásela.*)

Honralda, y despues....

ESCENA XI.

GASCON.—DICHOS.

GASCON.

(*Viendo por las espaldas á Marco Antonio, y creyéndole su amo.*)

Señor ,
 ricos , pobres, mozos , viejos ,
 damas , dueñas , calles , plazas ,
 fiestas , danzas.... ¿Cómo es esto?
 (*Vuélvese Marco Antonio, y conócele Gascon.*)

Vuecelencia me perdone ;

(*A Sirena.*)

que como no há muchos credos
 que dejé á mi dueño aquí ,
 pensé (es mi oficio dar piensos)
 que con vos se entretenia.

MARCO.

A ser vos no tan grosero ,
 pudiérades conocer
 quien soy yo.

GASCON.

Teneis los lejos
 ducales, y no estoy ducho
 en examinar reversos
 humanos, porque chamuscan
 á quien camina zaguero.
 No soy derrama-placeres ;

perdonadme; que ya os dejo :
paréntesis fui lacayo;
ni añadido , ni quito al testo.

SIRENA.

Esperad. ¿A quién servís?

GASCON.

Serví hasta aquí á un caballero
con no mas que dos caballos ;
mas ya se llama duqueso.

SIRENA.

¿Criado del duque sois ?

GASCON.

Criado, si no á sus pechos,
á los de real y cuartillo,
que me hacen su racionero.

SIRENA.

Pues no os vais ; que tengo mucho
que preguntaros. Al cuello,
Marco Antonio, este favor
lucid.

MARCO.

Añadid á premios
de oro, prendas de cristal ;
sellad labios, que soberbios
se alabarán presumidos,
si los permitis abiertos.

(Bésale una mano.)

DIANA , *aparte.*

¿Hay locuras semejantes?

GASCON, *aparte.*

¡Zape! sal quiere este huevo :
si es amor , por Dios que escoge
mal Adonis nuestra Venus.

SIRENA. -

Dad , Marco Antonio, por mí
un recado al duque nuevo ,
corto y tibio; que á esto obligan
enfadosos cumplimientos.

GASCON , *aparte.*

¡ Cumplimientos con enfado
á un duque, señor supremo
de Milan ! Opilaciones

son de amor; saco el acero
que deshinche presumidas.

SIRENA.

Correspondedme discreto,
y advertid que os quiero mucho.

GASCON, *aparte.*

¡Oh qué tonto *mucho os quiero!*

SIRENA.

Hola: el coche. Venid vos

(*A Gascon.*)

conmigo.

DIANA.

(*Hablando aparte con Sirena.*)

Prima, ¿qué has hecho?

SIRENA.

Estratagemas amantes,
Diana: yo he dado en esto;
veamos en lo que para.

(*Vanse las damas y Marco Antonio.*)

GASCON, *aparte.*

Un mucho voy satisfecho
que la he parecido bien;
hembra es en fin, yo soy hembro.
Quien á tal hombre hace cara,
en la opinion majadero,
si ha de escoger lo peor,
escogeráme; apostemos.



ACTO SEGUNDO.

Salon de palacio en Milan.

ESCENA I.

CESAR. CARLOS, *de luto mediano*. UN CORTESANO.
ACOMPAÑAMIENTO.

CESAR.

Yo estoy reconocido
á la lealtad y amor con que ha venido
la ciudad á ofrecirme
la corona ducal, y á entretenerme
en las ostentaciones
festivas, que en aquestas ocasiones
á mis antepasados
dejaron aplaudidos y obligados.
Obsequias funerales,
sentimientos de amor piden iguales;
que con honras funestas
no dicen, caballeros, bien las fiestas.
Cumpla el culto divino
en primero lugar con mi sobrino,
y despues darán muestras
con regocijos las lealtades vuestras;
que juzgo por azares
eslabonar placeres con pesares.

UN CORTESANO.

Alabe en vuestra alteza
Milan la discrecion con la grandeza;
y llámese dichoso
señor que es heredero generoso,
no solo de este estado,
de las almas tambien que en tanto grado
rinden agradecidas

á dominio de amor, feudo de vidas.
(*Vanse él y el acompañamiento.*)

ESCENA II.

CESAR. CARLOS.

CESAR.

Cúbrete, Carlos, agora.

CARLOS.

¿ Yo , señor ?

CESAR.

En la igualdad,
dijiste, que la amistad
consistia: no lo ignora
quien si en público pudiera
hacer que te respetaran
todos , y á mí te igualaran,
mi mismo poder te diera.
Cuando estás solo conmigo,
indistinto de mí te hallo;
sé en público mi vasallo;
pero en secreto mi amigo.
Cúbrete.

CARLOS.

Servirte gusto.

CESAR.

No digas servir aquí.

CARLOS.

Cumpló tu gusto.

CESAR.

Eso sí ;
no sirve, si no hace el gusto
de su amigo, quien merece
tal nombre. Duque soy ya;
gozoso Milan me da
su corona , y me obedece ;
no me has de juzgar ingrato.
Tambien tú has de ser marques
de Monferrato.

CARLOS.

Los pies
te beso; mas Monferrato
ya es pequeño para mí;
pues si con nombre de amigo
soy una cosa contigo,
distinguiéndome de tí
de ese modo, no podrán
darme título de cuerdo
los que ven que marques, pierdo
el ducado de Milan.

CESAR.

Bien arguyes; serás, pues,
por ese mismo respeto,
duque conmigo en secreto,
pero en público, marques.
¿Cómo te va con tu dama?

CARLOS.

Mas á mi gusto se inclina,
á mis ruegos.

CESAR.

Si adivina
amor, profética llama,
Carlos, que eres ya marques
de Monferrato, no dudo
que lo que tu amor no pudo,
pueda en ella el interes.
¡Ojalá hiciera la mia
otro tanto! Esta mudanza
crece en mi desconfianza
amor, ciega tiranía.
No me puedo persuadir
que muger que me desdena
por ocasion tan pequeña,
como es el verme asistir
á tu amistad, tenga amor.

CARLOS.

Si hasta agora, no heredado,
dueño suyo te ha llamado,
siendo de Milan señor,
¿quién duda que este respeto
grados á su amor añada?

CESAR.

Quien cual yo se persüada
 que es la muger un sugeto
 tan leve y sin fundamentos,
 que en su varia confusion
 reinan, ciega la razon,
 efímeros pensamientos;
 jardin de diversas flores,
 que con inconstancia vana
 nacen hoy, mueren mañana.
 De esta suerte sus favores
 logra cualquier voluntad
 que en muger los vinculó;
 y por esto se llamó
 hermosa la variedad.

ESCENA III.

GASCON.—DICHOS.

GASCON.

Aunque los que ejercitamos
 ministerios inferiores,
 ni hablamos con los señores,
 ni retretes profanamos,
 el uso, escepcion de leyes,
 que en las comedias admite,
 porque el vulgo lo permite,
 hablar lacayos con reyes,
 esta vez (que por ser una,
 se me puede tolerar)
 subo, gran señor, á dar
 plácemes á tu fortuna.

CESAR.

Admítolos: yo os haré
 mercedes; andad con Dios.

GASCON.

¿Os haré? ¿y andad? ¿Ya es vos
 lo que tú hasta agora fue?

Pues vive Dios que hubo día,
aunque des en vosearme,
que de puro tutearme,
me convertí en atutia.

CESAR.

Gascon, tu estancia es abajo.
Vete, y despeja.

GASCON.

Eso sí,
tú por tú; *vete de aquí*,
y no, *andad*, con tono bajo;
que esto de *vos* me da pena.
Voyme; pero si te agrada,
daréte yo una embajada
de la marquesa Sirena.

CESAR.

¿De quién?

GASCON.

No sé yo si amor.
si desden, si celibato,
me dió el cargo en breve rato
de lacayo embajador.
Dejéte con ella hablando
á los ribetes del rio,
y cumpliendo un desafio
del cochero, estaba dando
un rentoy, cuando escuché
entre música festiva,
decir: *¡Cesar duque viva!*
Alegre el naipe solté,
y viendo que en busca tuya
se despoblaba Milan,
salto como un gavilan;
y luego, todo aleluya,
creyendo hallarte con ella,
(conocíla por las faldas)
ví á un hombre por las espaldas.
El placer ¿qué no atropella?
Los ojos me encantusó;
que era mi duque entendí;
las albricias le pedí;
pero al punto que volvió

la cabeza, en testimonio
de lo que es una muger,
llegué á ver ; y qué mal ver !
tan privado á Marco Antonio,
que con el favor ufano
que la señora le dió ,
con los labios la ensució
las espaldas de una mano.

CESAR.

¡ En la mano de Sirena
labios Marco Antonio !

GASCON.

Sí.

Perdon cortés le pedí,
y él, en lo hinchado ballena,
si en los méritos mosquito,
me dijo: "sois un grosero."
Respondíle : "caballero ,
yo aquí , ni pongo , ni quito ;
nacé á oscuras , y he quedado
grosero de coyunturas ;
que madre que pare á oscuras ,
¿ cómo puede hilar delgado ?"
Quise dejarlos ; mas luego
que la marquesa advirtió
ser ministro tuyo yo ,
me manda que aguarde ; llevo
á ver favores amantes ,
y miro que la Sirena
le echó al cuello una cadena ,
si no banda , de diamantes.

CESAR.

¿ Qué dices , loco ?

GASCON.

Una banda ,
vive Dios , que ví á tu pecho
mil veces ; y él satisfecho
de necio , oye que le manda
que viniendo á visitarte ,
cuando en tu presencia esté ,
muy corto y tibio te dé
un recaudo de su parte ,

sin mas encarecimientos
ni muestras de regocijo;
"porque á aquesto obligan, dijo,
enfadosos cumplimientos."
Despidióse, y luego escucho
que dijo con tierno afeto:
"correspondedme discreto,
y advertid que os quiero mucho."
; Porque vean lo que son
las mugeres, aunque sean
marquesas, y porque vean
la medra de su eleccion!
Partióse él favorecido,
y llamándome la dama,
me dijo: "á quien tibio ama,
pone mi agravio en olvido.
Marco Antonio es voluntad
todo, y á mi amor sujeto,
ni ocasiona su secreto,
ni me ofende su amistad." —
"¿Pues á mí, señora mia,
tócame eso?" la respondo.
"Nunca me meto en tan hondo:
gócele vueseñoría,
sin que se deshaga de él,
un siglo, pues le escogió
cuerdo ó necio; porque yo
no he de casarme con él." —
Replicóme: "aquesto os digo
para que á vuestro señor
digais que en casos de amor,
á quien tiene tal amigo
poco le desvelarán
venganzas de una muger,
y á mí menos el perder
la corona de Milan."
Picó con esto el cochero;
dejóme, y viniendo aqui,
lo pasado referí
relator y mensagero.
Y agora que del trabajo
presente me descargué,

los altos despejaré
por los países de abajo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CESAR. CARLOS.

CESAR.

¿ Ves , Carlos, cómo ha salido
verdadero mi temor ?
¿ cómo no me tiene amor
Sirena , cómo ha fingido
achagues , y cómo es cierto
que es Marco Antonio el dichoso ?
Pues dámele tú achacoso ;
que yo te le daré muerto.

CARLOS.

Admiro en tal discrecion
tan desatinado empleo ;
puesto que en la muger veo
la heredada imperfeccion
de nuestra madre primera ,
que escogió , como muger ,
lo que nos echó á perder.
La marquesa es su heredera ,
y hala querido imitar ;
pero anime tu venganza
el ser la muger mudanza ,
y que al fin se ha de mudar
Sirena.

CESAR.

Y eso ¿ es bastante ?
Pudieras , Carlos, saber ,
si es mudable la muger ,
que solo el mal es constante ;
y que con tales desvelos ,
es ya mi pena mayor.
¿ Qué mal nacido es amor ,
pues que se aumenta con celos !
Enllaquece con regalos ,

y con disfavores crece;
esclavo, aunque es Dios, parece,
pues hace virtud á palos.
¿Qué he de hacer?

CARLOS.

De mi consejo,
fingir rigores conmigo;
pues viéndote mi enemigo
y que tu privanza dejo,
si es ardid de su desden
el probarte contra mí,
podrá ser se ablande así,
y pague en quererte bien.

CESAR.

Carlos, no me des disgusto;
no es amor lo que es porfia,
ni se funda en tiranía
la ley süave del gusto.
Yo adoraré su hermosura
sin desdorar mi valor,
y aborreceré en su amor
el tema de su locura.

ESCENA V.

MARCO ANTONIO, *muy de gala con la cadena de Sirena.*—

DICHOS.

MARCO.

Aunque mis gratulaciones
no sean de las primeras,
gran señor, y prevenciones
adelanten lisonjeras
festivas ponderaciones,
por mías se estimarán,
no obstante que lleguen tarde.
Mil años goce Milan
esta dicha.

CESAR.

Dios os guarde.

¿Cómo venís tan galán
 á verme, cuando este estado,
 por el dueño malogrado
 que en tierna edad se le ha muerto,
 de cuerdo luto cubierto,
 sentimientos ha mostrado
 dignos del postrer tributo
 que deben los caballeros
 á su señor absoluto?
 Parabienes de herederos
 son parabienes de luto.

MARCO.

Gran señor, inadvertencia
 de amante favorecido
 culpó mi poca experiencia.
 Quiero bien; precepto ha sido
 entrar así en tu presencia,
 de una dama.

CESAR.

En los amantes
 no son disculpas bastantes
 las que en tales ocasiones
 deslucen obligaciones.

MARCO.

Esta banda de diamantes
 me echó al cuello, y me mandó
 que con ella á vuestra alteza
 visitase.

CESAR.

Bien sé yo
 que aborreciendo firmeza,
 de diamantes os la dió.

(Aparte á Carlos.)

¡Ay Carlos! que estoy perdido,
 á no vengarme obligado,
 por ser duque, y en su olvido
 á morir disimulado,
 y á no quejarme ofendido.

(A Marco Antonio.)

Amante sois puntual;
 no me ha parecido mal
 que así cumplais vuestro amor.

MARCO.

Háceme mucho favor
la marquesa del Final.

CESAR.

¿Que en vos logra su cuidado
la marquesa? ¿Y llevará
bien el que la hayais nombrado?

MARCO.

¿Pues no, señor? Claro está
que trayéndoos un recado
de su parte, me consiente
alardes de su hermosura.
Dice que por el presente
estado, os dé la ventura
laureles, que en vuestra frente
multipliquen en Milan
cuantas coronas estan
por el mundo repartidas,
porque las goceis unidas
con el imperio aleman.

CESAR.

Decilde vos á Sirena
que de su cuerda eleccion
la doy yo la enhorabuena ;
que escogió á satisfaccion
de todos ; que quien ordena
de sus afectos tan bien ,
no nos deja que cuidar ;
que admito su parabien ;
y que os pudiera envidiar
quererós tal beldad bien ,
si el cargo de estos estados
dejara desocupados
pensamientos inferiores ,
que ya en materia de amores
se retiran jubilados ;
y que he de ser yo el padrino ,
desposándose con vos.

¡Ay, Carlos, qué desatino!

(A él aparte.)

MARCO.

Guardé á vuestra alteza, Dios ;

que puesto que soy indino
de tal merced, le prometo
reconocella leal,
y desde agora la aceto.

CESAR.

Si sois marques del Final,
tendrá un señor muy discreto.
(*Vase Marco Antonio.*)

ESCENA VI.

CARLOS.—CESAR.

CARLOS.

Ya de tu desasosiego
la cura eficaz hallé;
que mas alcanza quien ve,
que el que se ocupa en el juego.
Ni Sirena te aborrece,
ni mi amistad la da enojos,
ni en Marco Antonio los ojos
pone, ni le favorece.
Por tenerte inclinacion,
con ardides te conquista
su amor; sé buen estadista,
y lograrás tu aficion.
Muger que estima el secreto
de su amor de suerte en tí,
que le recela de mí,
si no te quiere, ¿á qué efeto
mandarle publicar pudo
á este necio opositor?
¡En él pregonero amor,
y en tí solamente mudo!
Sin mas causa, no lo creas.
Obligarle á visitarte
con recaudos de su parte,
para que en su cuello veas
prendas de quien dueño fuiste;
permitir su desenfado

delante de tu criado
las cosas que agora oiste,
no está fundado en desden,
si reparan tus desvelos
en que ninguno da celos
á lo que no quiere bien.

CESAR.

Pues ¿en qué puede estribar
que se deleite Sirena,
Carlos, en darme á mí pena?

CARLOS.

Descuidá el asegurar,
y aviva mucho el temer:
vete Sirena ensalzado,
por duque reverenciado,
y casi real tu poder;
dificulta su esperanza
al paso que vas creciendo,
y amor por celos subiendo,
lo mas remontado alcanza.
A mas subir, mas escalas
para alcanzarte procura,
porque á tan sublime altura,
mal volará amor sin alas.
En esta razon de estado
funda todo su rigor.

CESAR.

De su filósofo amor
pienso que la causa has dado,
y sírvenme de consuelo
el imaginar que así
no se desdeña de mí
quien viviendo con recelo
de que me puede perder,
celos pone de por medio.
Confíésote que es remedio
de tan eficaz poder,
que igualmente crece en mí,
Carlos, mi amor con mi agravio.

CARLOS.

Pues aprovéchate sabio
de sus armas.

CESAR.

¿Cómo así?

CARLOS.

Finge amar en otra parte;
que celos en competencia,
donde hay menos resistencia,
vencedor han de sacarte.
Sirena es muger; no puede
siéndolo, disimular
su menosprecio y pesar;
fuerza es que vencida quede.
Amante que fue querido,
y ruega menospreciado,
muestras da de afeminado,
cuando se humilla ofendido;
y no has de ser tú tan necio,
que ruegos en tal sazón
animen su presunción,
y engendren su menosprecio.

CESAR.

¿Qué experimentado estás
en amorosos desvelos!

CARLOS.

Batallen celos con celos;
veremos quien puede mas.

CESAR.

Alto; yo he de obedecerte.
Mas ¿á quién elegiré
para eso?

CARLOS.

Yo te daré
dama para merecerte,
digna de humillar el seso
mas libre, cuya presencia
á Sirena en competencia
desvele.

CESAR.

No digas eso;
que en Sirena aventuró
la hermosura su caudal.

CARLOS.

¿No merece ser igual?

la que en Valencia del Pó
es condesa ? ¿No es Narcisa
hermosa competidora
del sol, de quien es aurora ?

CESAR.

Carlos, es cosa de risa
compararla con Sirena.
Alabo su perfeccion,
celebro su discrecion,
y sé que Narcisa es buena
para que en ausencia suya
encarezcas su favor ;
mas no para que en mi amor
por Sirena sustituya.

CARLOS.

No disputemos en eso ;
solo intento que con ella
pruebes en tu dama bella
si celos quitan el seso.
Prima es de Vitoria.

CESAR.

Ordena

á tu voluntad la mia ;
que si de la tiranía
triunfo por tí de Sirena,
y tus trazas me aseguran
de su severo rigor ,
sabré que en males de amor,
Celos con celos se curan.

Sala en casa de Narcisa.

ESCENA VII.

—

NARCISA. ALEJANDRO.

NARCISA.

No has de salir al torneo,
si deseas darme gusto.

ALEJANDRO.

En él, Narcisa, me empleo;
mas mi palabra, no es justo
que por cumplir tu deseo,
se quiebre.

NARCISA.

¿Por qué has de dar
palabra tú, sin tener
mi licencia?

ALEJANDRO.

No has de usar
de tu amoroso poder
tanto, que no des lugar
á que cumpla mi valor
con la obligacion mayor
que como vasallo debo
en Milan al duque nuevo.
Sus límites tiene amor;
en materia de quererte,
de agradarte, de servirte,
mi gloria es obedecerte,
mi regalo divertirte,
y mi tormento ofenderte;
pero en lo demas, ya ves
que soy libre.

NARCISA.

No se ofende
de esto quien firme amante es :

que amor á todo se estiende ;
y aunque en esta tema des ,
dudo , por lo que te quiero ,
desgracias , que en tales fiestas
un accidente ligero
las vuelve tal vez funestas ;
y vistiéndose de acero ,
no sé yo quien las ha dado
ese nombre mal fundado ;
que fiestas , si de ellas gustas ,
en vez de telas de justas ,
visten telas de brocado .
¿ Ves como tiene el amor
derecho para mandarte
que no salgas ?

ALEJANDRO.

Tu temor
puede , mi bien , disculparte .
Yo he de ser mantenedor ;
colores me puedes dar
con que animes mi esperanza .

NARCISA.

¿ Mas que por este pesar
has de obligar mi venganza ?

ALEJANDRO.

Ea , deja de amenazar ;
que cuanto mas propusieres
olvidarme , mas me quieres .

NARCISA.

Dame penas confiado ;
sabrá tal vez tu cuidado
lo que es agraviar mugeres .

ESCENA VIII.

CARLOS. — DICHOS.

CARLOS.

En fe de lo que os estima
mi reconocido amor ,

que ya por vuestro favor
alcanza el de vuestra prima,
Narcisa hermosa, no tengo
por contento el que hoy recibo,
si del parabien me privo
que á recibir de vos vengo.
Cesar duque de este estado,
y tan amigos los dos,
¿quién duda que me deis vos
plácemes de su privado?

NARCISA.

Deseaba, Carlos, yo
de manera vuestro aumento,
que al instante mi contento
las albricias me pidió,
que ya dobladas serán;
pues si no hay cosa partida
en amistad tan unida,
siendo duque de Milan,
y gratulándoos á vos,
parabienes desobligo;
pues dándolos á su amigo,
en uno cumplo con dos.
El cielo en Cesar aumente
estados que vos goceis.

CARLOS.

Como licencia me deis,
para cierto caso urgente
á parte os quisiera hablar,
si Alejandro lo permite.

NARCISA.

Alejandro siempre admite
lo que yo suelo estimar.

ALEJANDRO.

Y mas siendo vos á quien
tanto yo servir desco.

CARLOS.

Siempre, señora, me empleo
en lo que ha de estaros bien.

ALEJANDRO, *aparte*.

¿Que le está bien á Narcisa,
y que no lo sepa yo?

Sospechas, mal sosegó
 amor que al recelo avisa.
 Vive Dios, que voy dudoso.
 ¡O mar de amor, leve esfera!
 ¡qué poca ocasion altera
 las olas de tu reposo! (*Vase.*)

ESCENA IX.

NARCISA. CARLOS.

CARLOS.

Condesa, esta universal
 deidad que todo lo abrasa,
 ha traído á vuestra casa
 al nuevo duque; su mal
 solo en vuestra discrecion
 espera remedio.

NARCISA.

¿En mí?

Carlos, jamas preferí
 el oro á la inclinacion:
 yo se la tengo á quien puede
 quejarse de vos.

CARLOS.

Señora,
 no os altereis hasta agora;
 que sin que Alejandro quede
 de su amor desposeido,
 ni vos el nombre temais
 que constante eternizais,
 lo que por el duque os pido,
 es tan sin riesgo del daño
 que prevenida temeis,
 como de él mismo sabreis,
 que entra á veros.

NARCISA.

Si es engaño,
 Carlos, perdereis conmigo
 mucho crédito los dos.

CARLOS.

Ni es contra él ni contra vos,
y es todo en bien de mi amigo.

ESCENA X.

—

CESAR, *galan, como de noche*.—DICHOS.

CESAR.

Privilegios de la noche
divierten, Narcisa bella,
enfados y gravedades,
que cuanto autorizan, pesan.
Partieron jurisdicciones
el día y la noche quieta;
aquel negocios librando,
y entretenimientos esta.
Tanto de estos necesito,
que habeis de darme licencia
para que en vuestra hermosura
hallen puerto mis molestias.

NARCISA.

Como yo sea tan dichosa,
que en esta casa entretenga,
sin agravio de mi fama,
sus pesares vuestra alteza,
podré con ese favor
dar envidia á la soberbia,
calidad á quien la habita,
y alabanza á su llaneza.
A lo menos yo, entretanto
que tal merced gozo en ella,
quisiera, como de duque,
darle de rey norabuenas.

CESAR.

Todo lo que yo valiere,
como vos gustéis, condesa,
á vuestra disposicion
tendrá ventura mas cierta.
¡Ay Narcisa! ¡y qué engolfado

en agravios, en sospechas,
en desprecios y en venganzas,
vengo á que me saqueis de ellas!

NARCISA.

¿Yo, gran señor?

CESAR.

Sola vos
habeis de ser contrayerba
del veneno que me abrasa,
del fuego que me atormenta.
Esa discrecion hermosa,
esa hermosura discreta,
castigo tiene de ser
de presunciones protervas.
Si vos no, ¿quién puede darme
vitoria en tan árdua guerra,
vida en tan mortal peligro,
gloria en tan ingratas penas?

NARCISA.

Haced, suplicoos, señor,
generosa resistencia
á ímpetus desiguales,
si es bien que el valor los venza.
Vos sois mi señor, mi duque,
yo humilde vasalla vuestra,
ciego amor, vidrio la fama:
¡triste de mí si se quiebra!

CESAR.

No acertais, Narcisa hermosa,
mi mal; de causa diversa
proceden los desatinos
que mi paz desasosiegan.
Estad segura de quien
(si como me llamo Cesar,
y soy duque de Milan,
de los dos polos lo fuera)
ni descortés á hermosuras,
ni pretendiente por fuerza,
ni cansado aborrecido,
ni ingrato á correspondencias,
diera á agravios ocasiones,
motivo á plumas y lenguas,

deslucimiento á mi sangre ,
ni á mis oprobios materia.
Otra hermosura me abrasa,
y solo estriba en la vuestra
el remedio de mi vida.

NARCISA.

Declárese vuestra alteza.

CESAR.

La marquesa del Final,
por recíproca influencia
del cielo, por su hermosura,
(por mis desdichas dijera,
si no agraviara elecciones,
que aunque desdenes padezcan,
empleos dichosos logran
por lo altivo que contemplan)
Sirena, en fin, (que en las sirtes
de amor, á los que navegan,
para anegar voluntades
fue en nombre y obras Sirena)
correspondiente al principio
á pretensiones honestas,
agradecida á secretos,
y amorosa á diligencias,
de tal suerte entró agradable
en el alma que gobierna,
lisongeando esperanzas,
y cautivando potencias,
que adorando esclavitudes,
la aclamaron por su reina
deseos, vulgo de amor,
que ignorantes se sujetan.
Tirano fue cauteloso,
que haciendo mercedes entra,
destruyendo vidas sale;
mas, ¡ay cielos! si saliera
del pecho, ¿qué me faltaba?
Leyes propuso severas;
ofendióse de amistades,
y menospreció firmezas.
Heredé en esto á Milan:
¿quién, mi Narcisa, creyera,

que aumentos de estados y honras
favores disminuyeran?

Crecí en dignidad, creció
en desdenes y en ofensas;
no siendo duque, me amaba,
ya duque, me menosprecia.

A un mozo bárbaro admite,
tan pobre y falto de prendas,
cuanto rico de venturas;
este me hace competencia.

Marco Antonio es el querido,
el menospreciado Cesar;
mis dádivas le autorizan,
sus mudanzas me atormentan.

Facil pudiera vengarme,
á no envainar la prudencia
celos, armas prohibidas
en quien sin pasión gobierna.

Como me llama Milan
su señor, como respetan
ya lealtades, ya lisonjas,
por pisarla yo, la tierra,
júntanse mis menosprecios
á mis celosas sospechas,
y de lesa magestad

delitos mi amor procesa.

Carlos, que entrando á la parte
de mis prósperas y adversas
fortunas, juzga por propias
las que publican mis quejas,
remedios busca eficaces,
y discreto me aconseja
que castigando á mi ingrata,
use de sus armas mismas.

Que la dé celos con vos
dispone, Narcisa bella;
milagrosa medicina,
si sale bien su receta.

Ya vos sabeis (perdonadme)
de cuan flaca resistencia
sois todas cuando ofendidas,
si cuando amadas, soberbias.

Mi salud estriba en vos;
 sed mi dama en la apariencia,
 ayudadme cautelosa,
 dadme venganza discreta.
 Como enfermo os pido vida,
 como ofendido defensa,
 como vuestro duque ayuda,
 como muger competencias.
 Castigad ingratitudes
 de quien vuestro sexo afrenta,
 y coronen vuestras plantas
 el laurel de mi cabeza.

NARCISA.

Puesto, gran señor, que es justo
 que vuestros agravios sienta,
 y la eleccion que en mí haceis,
 reconocida agradezca,
 será razon ponderar
 qué tales las famas quedan
 de mugeres pretendidas,
 si los príncipes las dejan.
 ¿Paréceos, señor, á vos
 que quien amante de veras,
 rehusaba desigualdades,
 las admitirá, si es cuerda,
 agora dama de burlas,
 á los peligros espuesta
 de los jüicios ociosos?
 Y sin el premio, ¿qué esperan
 desaciertos á esta traza?
 ;Mi amante vos en las muestras!
 ;yo vuestro empleo en el nombre,
 y en la posesion Sirena!
 No, gran señor; tenga yo
 mas dicha con vuestra alteza;
 que debo de haber estado
 con descréditos de necia.

CESAR.

No os pido yo en perjüicio
 de vuestra opinion, condesa,
 livianas publicidades
 que os desdoren pregoneras.

Ni esto puede durar mucho ;
que celos son impaciencias
que en breve , ó mueren , ó matan ;
larga paz tras corta guerra.
Sospeche no mas mi dama
que ya vos lo sois ; entienda
que amada favoreceis ,
y correspondeis honesta ;
que si celosa prosigue
en mi agravio y en su tema ,
podrán sanar desengaños
lo que vislumbres enferman.
Si decís de no , matadme.

NARCISA.

Digo que estoy ya resuelta
á ser dama titular ,
si en la propiedad tercera.
¿Qué tanto me dais de plazo
para que estas cosas tengan
fin ? que temo dilaciones
por lo que peligro en ellas.

CESAR.

El plazo será tan corto ,
que con dos veces que os vea
favorecerme apacible
quien me enloquece severa ,
no seré mas importuno.

NARCISA.

Y si á la noticia llegan
de quien con lícito amor
me ha obligado , estas quimeras ,
¿ permitís (juramentado
que callará) darle cuenta
del papel que sostituyo ?

CESAR.

¿ Que amante teneis ?

NARCISA.

Con deudas
de un siglo de voluntad
y dos años de asistencia.
Ya no os puedo negar nada ;
que para que os encarezca

lo mucho que por vos hago ,
es bien daros esta cuenta.
Mirad el riesgo que corro.

CESAR.

Con obligaciones nuevas
me empeñais. No sé si os diga
que lo siento , y que me pesa.
Y ¿quién es el venturoso?

NARCISA.

Pregunta escusada es esa ;
porque en amores de burlas ,
suelen celos causar veras.
No habeis de saber su nombre.

CESAR.

Ni yo gustaré que él sepa
secretos que desbaraten
el fin de esta estratagema ;
porque si tiene noticia
por él mi ingrata Sirena
de que es fingido este amor ,
cobrará su desden fuerzas ,
y burlaráse de mí ,
sin que hacer sus celos puedan
la restauracion debida
á mi posesion primera.

NARCISA.

Digo , señor : que he de daros
gusto en todo.

ESCENA XI.

—

ALEJANDRO. — DICHOS.

ALEJANDRO.

(Aparte al salir, acechando.)

No sosiega,
de temores combatido,
quien ama ni quien pleitea.
A Narcisa dijo Carlos ,
quedando á solas con ella,

que en cosas que bien la estan
su solicitud se emplea.

¡Cosas que estan á Narcisa
bien, y importa no saberlas
yo, que la he rendido el alma!

¡Cielos! ¿qué cosas son estas?

(Vélos por las espaldas.)

¡Sola Narcisa con Carlos,
y ya con dos! ¡Y recelan
que sepa yo lo que tratan!
¡y me despiden! Sospechas,
adivinaldo vosotras.

CESAR.

Esta sortija fue prenda
de quien me la dió mudable,
porque aborrece firmezas.

(Pónesela en la mano.)

Mejórese en el cristal
de esta mano, pruebe en ella
si para toque de celos
hay quilates de paciencia.

ALEJANDRO.

*(Aparte. ¡Vive el cielo, que la ha dado
la mano, en quien tuve puesta
la cifra de mi esperanza,
teatro ya de mi ofensa!*

¿Sortijas, liviana, admities?

Si el interes tira piedras
que el poder en oro engasta,
no me espanto que te venza.

¿Quién será el usurpador
de mis glorias, que ya penas,
juntaron flores á espinas,
y inviernos á primaveras?)

(Llégase á Narcisa, y vuelve la cabeza Cesar.)

¡Ah Narcisa! en fin....

CESAR.

¿Qué es esto?

ALEJANDRO.

¡Señor! ¿aquí vuestra alteza?

CESAR.

¿Sois dueño vos de esta casa?

ALEJANDRO.

No, señor.

CESAR.

¿Pues qué licencias
á tan escusadas horas
os osan abrir las puertas?

ALEJANDRO.

Buscaba yo, gran señor....

(Túrbase.)

Digo que buscaba en ella....
y hallé ya lo que buscaba,
porque hallando á vuestra alteza.....

CESAR.

Sin querer, decís verdades.
Andad, esperad afuera,
si es que en mi busca venís.

ALEJANDRO, *aparte.*

Desdichas, salisteis ciertas.
¿Cesar, duque de Milan;
Carlos, que en el bien se emplea
de Narcisa interesable;
ausente yo, y muger ella....!
Ya pasais de desengaños,
imaginadas certezas;
ya, envidia, en el mar Amiclas
teme fortunas de Cesar. *(Vase.)*

ESCENA XII.

CESAR. NARCISA. CARLOS.

CESAR. .

¿Que Alejandro es vuestro amante?

NARCISA.

El confesároslo es fuerza.
A dos años de esperanzas
correspondo.

CESAR.

Sois discreta ;
mucho merece Alejandro.

NARCISA.

Y mucho es razon que sienta
quien le quiere como yo
los celos que de vos lleva ,
y que no se me permita
asegurarle.

CESAR.

Si aumentan
el amor , antes doy causa
á que mas, celoso, os quiera.

ESCENA XIII.

—

ALEJANDRO.—DICHOS.

ALEJANDRO.

(*Aparte al salir.*)

Perdido estoy , estoy loco ,
y para que mas me pierda ,
á que renueve mis ansias
me manda mi amor que vuelva.

CESAR.

¿Entradas asegundais ,
Alejandro?

ALEJANDRO.

La primera
se me olvidó , gran señor ,
el daros la enhorabuena
del nuevo estado , que agora
(porque el descuido no ofenda
deudas de la cortesía)
vuelvo á daros.

CESAR.

Diligencias
disculpables : no sé yo
que para que se agradezcan
parabienes cortesanos ,

se den en casas ajenas.
Andad, dádmelos despues
en palacio.

ALEJANDRO, *aparte.*

Añadid penas
á penas, pesares mios,
para que me anegue entre ellas. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

CESAR. NARCISA. CARLOS.

NARCISA.

¿Es posible, gran señor,
que no juzgueis por las vuestras
las ansias con que Alejandro
culpa mi amor y firmeza?
¡Con él solo, vos crüel!

CESAR.

Asegúroos que me pesa,
puesto que no os tengo amor,
que tanto Alejandro os quiera.

ESCENA XV.

ALEJANDRO.—DICHOS.

ALEJANDRO.

La marquesa del Final
sospecho que á veros entra.

CESAR.

¿Pues quién os ha dado á vos
el cargo de page ó dueña?

ALEJANDRO.

Apeábase del coche,
y para que la condesa
estuviese apercebida,
parecióme....

CESAR.

No os parezca
tan bien Narcisa, Alejandro.

NARCISA.

(Hablando aparte con Cesar.)

Señor, vuestra alteza, ¿intenta
deshacer obligaciones,
ó dar celos á Sirena?

CESAR.

Uno y otro.

CARLOS.

(Aparte á Cesar.)

Ahora es tiempo
que saquen á luz tus pruebas
qué tanta jurisdiccion
tienen los celos.

CESAR.

Condesa,
en vuestro engaño consiste
la vitoria de esta empresa:
satisfaced mis venganzas.

NARCISA.

Dios me saque con bien de ellas.

ESCENA XVI.

—

SIRENA. DIANA.—DICHOS.

SIRENA.

A amiga que se descuida
tanto de mí, justo fuera,
en venganza de su olvido,
ni visitarla, ni verla.
Pero puedan mas en mí....

NARCISA.

Advertid que está su alteza
presente; llegad y hablalde.

SIRENA.

¿Quién?

NARCISA.

Nuestro duque, marquesa.

SIRENA.

(*Aparte.* ¡Ay cielos! ¡á tales horas,
y en tiempo que la grandeza
suele soñar magestades,
tan comunicable Cesar!
¿Qué es esto, temores míos?)
Augustos laureles sean
los estados, gran señor,
que aumenten el que hoy heredas.

CESAR.

Guárdeos Dios.

SIRENA.

(Aparte á *Díana*,)

¡Ay prima mía!
¿qué guárdeos *Dios* tan á secas!

DIANA.

Eslo toda magestad;
porque es el sol su planeta.

CESAR.

Daréisle, Narcisa, á Carlos
crédito siempre que venga
á renovar de mi parte
lícitas correspondencias.
Y entre tanto, olvidad vos
las antiguas, si interesan
méritos de la hermosura
coronas con que amor premia.
Y á Dios.

NARCISA.

Ya es obligacion,
gran señor, lo que antes era
voluntad, y en una y otra
procuraré yo que sean
reconocimientos justos
fiadores de tanta deuda,
abonados por humildes.

(Vanse Cesar y Carlos.)

ESCENA XVII.

—

NARCISA. SIRENA. DIANA. ALEJANDRO.

SIRENA.

¿Qué cifras, prima, son estas?

ALEJANDRO.

Agora que mis agravios,
ojos hasta aquí, ya lenguas,
pueden libremente darte
parabienes entre quejas,
si puedes, busca....

ESCENA XVIII.

—

CESAR.—DICHOS.

CESAR.

Alejandro,
seguidme. (*Vase.*)

ALEJANDRO.

¿Aun hablar me vedan?
Pues rebienten dentro el alma
víboras de mis ofensas.
Busca, si puedes, disculpas....

ESCENA XIX.

—

CARLOS.—DICHOS.

CARLOS.

Alejandro, el duque espera.

ALEJANDRO.

Porque desespere yo,
pues aun quejar no me dejan.

(*Vanse Carlos y Alejandro.*)

ESCENA XX.

NARCISA. SIRENA. DIANA.

NARCISA.

Ven, Sirena de mis ojos;
que cuando mis dichas sepas,
palabras han de faltarte
en llegando á encarecerlas.

SIRENA.

Si son las que yo he sacado,
Narcisa, por consecuencias,
parabienes te apercibo.
(*Aparte.* ¡Ay Dios, si ponzoña fueran!)

NARCISA.

¿Ves este dian.ante, amiga?
Pues señal es su firmeza
de una voluntad que en él
sus esperanzas empeña.

SIRENA.

(Aparte con Diana.)

Prima, ¿no adviertes, no escuchas,
no tocas perdidas prendas,
favorables á un ingrato,
y ya en posesion agena?
¿Qué he de hacer?

DIANA.

Llorar locuras,
y escarmentar hoy en pruebas
de amor, que salen tan caras.

SIRENA.

¡Ay, Diana, que voy muerta!

ACTO TERCERO.

Jardín de la casa de campo de Sirena.

ESCENA I.

NARCISA. SIRENA.

SIRENA.

A esta casa de placer
te he querido convidar,
si en negocios de pesar
puede este nombre tener.
Atropelláronse ayer
tantas quimeras, Narcisa,
que aunque ambicioso me avisa
tu amor que triunfa en palacio,
quise averiguar despacio
lo que te engaña de prisa.
Hallé á Cesar en tu casa,
tan tu amante en la apariencia,
que al parecer, tu presencia
le desatina y abrasa.
Si supieras lo que pasa,
y que de puro celoso
busca en engaños reposo,
y en tu hermosura venganzas,
marchitaras esperanzas
que malograr es forzoso.
Para aliviar accidentes,
de su sed mortal indicios,
busca el enfermo artificios,
flores siembra, finge fuentes;
y aunque algun rato presentes
le suelen causar sosiego,

enfádase de ellas luego;
que fuentes artificiales
no aplacan sedes mortales,
cuando está en el alma el fuego.
¿Nunca viste, si las llamas
aumentan la calentura,
que el enfermo, lo que dura
congojado, muda camas?
Todo es andar por las ramas,
pues al fin, cuando aligera
el mal su efímera fiera,
aunque en él fiada estás,
despreciando las demas,
se reduce á la primera.
Narcisa, la hidropesía
celosa le tiene así;
abrasado busca en tí
lo que en mi amor desconfía.
Mudando damas, porfia
aliviar su ardiente pena;
y á mas rigor se condena
mientras su mal no le avisa
cuan mal curará Narcisa
calenturas de Sirena.

NARCISA.

Si no fueras mas hermosa
que eres sábia en la doctrina
de esa nueva medicina
que alegas por milagrosa,
no estuviera yo celosa
de que haya sido tu amante
quien dices que es inconstante
porque de gustos mejora.
Basta; que das en dotora,
no siendo ni aun platicante.
¿Agora, marquesa, sabes
que si el duque (que lo dudo)
amarte primero pudo,
por mas que en esto te alabes,
en enfermedades graves
tal vez el mal se destierra,
mudando de aires y tierra;

y que Cesar, por sanar
de tu amor, quiso mudar
desdenes que le hacen guerra?
Si nunca bien le has querido,
y su amor te daba enfado,
libre ya de su cuidado,
¿qué buscas? ¿á qué has venido?
Su olvido paga tu olvido;
da á tu dicha parabienes,
prosigue con tus desdenes,
si no es que formando quejas,
suspiras por lo que dejas,
y no sueltas lo que tienes.

SIRENA.

¡ Buéno es que ya confiada
me aconsejes presumida,
desde ayer acá querida,
y desde hoy asegurada!
Ni yo me juzgo olvidada,
ni tú estás en posesion:
con menos satisfaccion,
Narcisa, y sin dar consejos;
que el sembrar está muy lejos
de la cosecha y sazon.
Ayer sembraste esperanzas;
deja arraigarlas primero;
que trae el tiempo ligero
temporales de mudanzas.
Pretensiones por venganzas
de amor, no pueden durar:
¡pobre de tí, si á mirar
vuelven risueños mis ojos
á quien doy severa enojos!
¡Qué fria te has de quedar!
Mira, si Cesar te dió
la sortija que le dí,
no fue por amarte á tí,
mas porque la viese yo.
Cuando tan grave me habló,
fingiendo severidades,
entonces (oye verdades)
fulminando disfavores,

si salian de él rigores,
paraban en mí humildades.
¿No advertiste que al volver
las espaldas, se moria,
condesa, porque no via
lo que despreciaba ver?
Nunca procures querer
amante que está celoso;
que á costa de tu reposo
probarás, si le admitiste,
que quien de ageno se viste,
el desnudarle es forzoso.

NARCISA.

¿No sabré, Sirena, yo
á qué propósito quieres
desperdiciar pareceres
en quien no te los pidió?
Ó quieres al duque, ó no.
Si no, ¿qué se te da á tí
que yo me despeñe así?
Si por él pierdes el seso,
marquesa, solo por eso
el alma toda le dí.

De una y otra suerte creces
llamas á mi amor primero;
porque le quieres, le quiero,
tambien porque le aborreces.
En vano te desvaneces,
pues cuando yo no le amara,
viendo que en esto repara
tu sospechosa impaciencia,
porque me haces competencia,
el corazon le entregara.

SIRENA.

Sí harás, porque el amor necio
muestra quien es en sus obras;
hónrate tú con mis sobras;
ama á quien yo menosprecio.
Para tí serán de precio
los desechos que yo arrojo;
viste lo que yo despojo:
mas mira que ha de costarte

la vida el determinarte,
Narcisa , á darme este enojo.

NARCISA.

¿ Me amenazas ?

SIRENA.

Apercibe
armas contra mi cuidado.
No es cortés quien el criado
que uno desechó, recibe.

NARCISA.

Cesar en mi pecho vive.

SIRENA.

Pues cuando en él le retrates,
¿ merécesle tú, aunque trates
secar mi esperanza verde ?

NARCISA.

Perdida estás , y á quien pierde,
se le sufren disparates.

ESCENA II.

GASCON. UN ALCAIDE. DOS CRIADOS.—DICHAS.

GASCON.

Yo puedo entrar donde quiera ;
que soy para lo vedado
ministro privilegiado,
y mandarme salir fuera
es muy gran descompostura.

ALCAIDE.

Mayor libertad es esa ;
que estando aquí la marquesa
del Final, cuando procura
que no entre nadie, es razon
ser cortés.

SIRENA.

Hola, ¿ qué es eso ?

GASCON.

¡ O mi señora ! Este esceso
perdonad.

SIRENA.

¿Quién sois?

GASCON.

Gascon ,

archilacayo ducal.

SIRENA.

¿Pues qué pretendéis aquí?

GASCON.

Síguese detras de mi
 el duque. No sé qué mal
 le trae con melancolía;
 amores deben de ser:
 preténdese entretener
 en la de vueseñoría
 casa de placer (ansi
 gerigonzan critizantes);
 enfádanle negociantes,
 y por si los hay aquí,
 vine á despejar el puesto ,
 sin saber yo los favores
 que en república de flores
 libraba ese hermoso gesto....
 ¿Gesto? no es vocablo culto.
 Ese aromático globo.
 ¿Globo dije? soy un bobo.
 Ese brillático bulto....
 Peor. Esa hermosa cara.
 ¡Cuerpo de Dios! de este modo
 se llama en el mundo todo.
 Lleve el diablo á quien compara
 al padre de Faeton
 los ojos y los cabellos ,
 rayos ensartando en ellos,
 las veces que rubios son ;
golfo de ébano sutil
 los cabos negros hacia ,
 y al peine que los barria ,
 llamó *escoba de marfil*;
nieto al amor *de la espuma* ,
 y á un sacre , que daba caza
 en el aire á una picaza ,
 llamó *corchete de pluma*.

Miren vuesirías dos
cual anda ya nuestro idioma ;
todo es *brilla, emula, aroma,*
fatal.... ¡Oh! ¡maldiga Dios
al primer dogmatizante
que se vistió de *candor*!

SIRENA.

No deis en reformador
vos , que sois muy ignorante.
Pero decid : ¿Cesar viene
á esta quinta?

GASCON.

Una carroza ,
señora , á solas le goza
con Carlos , que le entretiene
sin mas acompañamiento ,
y las cortinas corridas.

SIRENA , *aparte.*

Hoy , sospechas mal nacidas ,
averiguaros intento.
¡Hola , criados!

ALCAIDE.

Señora.

SIRENA.

Ponedme este hombre á recado.

GASCON.

¿A mí?

SIRENA.

Tenelde encerrado
lejos de aquí.

GASCON.

Escuche agora.

Pues porque entré sin licencia....

NARCISA.

¿Qué es lo que intentas hacer?

SIRENA.

Llevalde. Quiero saber

(*A Narcisa aparte.*)

cual , en nuestra competencia ,
de las dos es preferida.

NARCISA.

Yo en eso no dificulto.

GASCON.

Si es esto porque hablé culto,
 ¿o cándida luz bruñida!
 á la de tu apelo amor,
 clemencia; que es, construido,
 á tu clemencia rendido,
 apelo de este rigor.

SIRENA.

Hola, llevalde.

GASCON.

¿Ha de haber
 tras eso (déjenme hablar)
 palmeamiento orbicular?
 Quisiera darme á entender,
 hablando en estilo humano:
 ¿Habr  azotaina?

ALCAIDE.

No sé.

SIRENA.

Llevalde.

GASCON.

Anoche so  
 azotes en canto llano,
 y por esto lo pregunto;
 porque son, la vez que sale
 sermon tras el dale, dale,
 azotes en contrapunto.

(Vanse el alcaide y los criados llevándose   Gascon.)

ESCENA III.

SIRENA. NARCISA.

NARCISA.

Pues dime, ¿qué dependencia.
 tiene tu averiguacion,
 marquesa, de esta prision?

SIRENA.

Quiero ver por experiencia,

si Cesar finge quererte
por darme celos á mí,
ó si viene agora aquí
por hablarte y pretenderte.
Si ignora, pues, que aquí estoy,
y tú, estando yo escondida,
le disuades mi venida,
verás desengaños hoy
que te den nuevo cuidado
con que yo segura esté.
Por esta causa mandé
retirar ese criado;
que así por él no sabrá
que estaba agora contigo.

NARCISA.

En fin, ¿dices que en castigo
del que tu desden le da,
finge, por amartelarte,
que me quiere bien?

SIRENA.

¿Pues no?

Estaba presente yo
anoche, y fingió adorarte
para que yo lo sintiese;
verás ahora cuan mudado,
cuan tibio, cuan desganado
te habla.

NARCISA.

¿Qué engaño es ese
tan donoso! ¿Pues tan poco
puede mi presencia, dí,
que no le olvide de tí?

SIRENA.

Tiéndele mis celos loco.
No sepa él que yo aquí estoy;
verás que al punto te deja.

NARCISA.

Escóndete, y apareja
paciencias; que yo te doy
mi palabra, que has de estar
rematada antes de mucho.

SIRENA.

Desde esta murta os escucho.
 ¡Qué necia te has de quedar! (*Vase.*)

ESCENA IV.

NARCISA. SIRENA, *escondida.*

NARCISA.

¿No es bueno que comencé
 de burlas estas quimeras,
 y que me pesa de veras
 que tan confiada esté
 Sirena de que es querida,
 que adivine lo que pasa?
 No es amor el que me abrasa;
 mas de envidia estoy perdida;
 porque será caso recio
 que en competencias de amor
 salga el suyo vencedor,
 y el mio con menosprecio.
 ¡O celos! ¡o envidias fieras!
 ¡venenoso frenesí!
 Si quitais el seso así
 de burlas, ¿qué hareis de veras?

ESCENA V.

CESAR. CARLOS.—NARCISA. SIRENA, *escondida.*

CESAR.

(*Hablando con Carlos á la puerta del jardin.*)
 Divirtamos magestades
 que atormentan, si autorizan,
 pensamientos amorosos,
 en la quietud de esta quinta.
 ¡Qué de novedades quiere,
 Carlos, amor que te diga!

Oye sus milagros....

CARLOS.

Paso,
señor, que está aquí Narcisa.

CESAR.

¿Quién?

CARLOS.

La condesa, tu dama
intrusa.

CESAR.

Su hermosa vista
puede tanto, amigo Carlos....

CARLOS.

¿Cómo?

CESAR.

No sé que te diga.
Déjame á solas con ella.

CARLOS.

¿Pues quiéresla bien?

CESAR.

Se alivian
mis pesares con mirarla,
y mis celos se amortiguan.
Retírate.

CARLOS.

Que me place.
Pero ¿tan presto se olvidan
amores, y mas celosos?

CESAR.

Es muy bella, y tengo envidia
de lo que á Alejandro quiere.
¡Mira qué bien que se libran
los que me causa Sirena,
si ya á pares me lastiman!

CARLOS.

No dejarás de medrar
con esa mercadería.
Si al primer lance la doblas,
déte amor con ellas dicha. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CESAR. NARCISA. SIRENA , *oculta.*

NARCISA.

Gran señor....

CESAR.

Con ese nombre
diera á mi ventura estimas,
si lo fuera vuestro yo.
¿Estais sola?

NARCISA.

En compañía
de enemigos pensamientos,
contraria yo de mí misma ,
aguardo desafiada
á Sirena , en cuya quinta
han de batallar sospechas.

CESAR.

Si mi amor os apadrina ,
segura está la vitoria
de vuestra parte.

NARCISA.

No finja
vuestra alteza , hasta que venga ,
favores , que aunque mentiras ,
pueden engendrar verdades
en quien de ellas necesita.
Presto Sirena vendrá.

CESAR.

Plegue á Dios , condesa mia ,
que tantos estorbos tenga ,
que con ellos divertida ,
jamás agravie estas flores.

NARCISA.

¿Jamás? ¿cuándo en ella estriban ,
desesperado en su ausencia ,
apoyos de vuestra vida!
¿No es Sirena ídolo vuestro?

¿No la amais?

CESAR.

Pasó. Solia....

Mucho pudieron ofensas,
y mucho mas vuestra vista.
Lo que yo podré afirmaros,
es que habeis hecho en un dia,
mas que en un año Sirena.

SIRENA.

(Aparte desde donde está escondida.)

¿Qué estais oyendo, desdichas?

¿En un dia la condesa
mas que yo en un año? Altivas
presunciones amorosas,
por soberbias abatidas,
¿esto escuchais sin vengaros?

NARCISA.

(Aparte. ¿Qué es esto, estrellas benignas?

¿Connigo tan amoroso
Cesar? ¿Si tiene noticia
de que la marquesa está
oyéndonos escondida,
y finge, por abrasarla,
que me quiere, y que la olvida?
Sin duda; que desde anoche,
cuando celos tiranizan
alma que está tan prendada,
mal sabrá olvidar antiguas
prendas de amor.) Bien podeis,
señor, (sin hablar enigmas,
pues no ha llegado Sirena)
decirme vuestras fatigas.

¿Cómo desde anoche os va?

¿Fue eficaz la medicina
de nuestro ingenioso amor?

Vuestra prenda está perdida
de celos; no negareis
que, aunque dama sustituida,
no hice mi papel anoche
con linda gracia.

CESAR.

Y tan linda,

que por serlo tanto vos ,
conoce la mejoría
mi amor de vuestra belleza ,
y á que os adore me obliga.

SIRENA , *aparte.*

¿Cómo es esto? ¿Luego fueron
ardides de sus malicias
las finezas con que anoche
dieron causa á mis envidias?
¿Luego fingieron amarse?
¿Ay sospechas mal nacidas!
Si ya se quieren de veras,
muerto me han mis armas mismas.

NARCISA.

Que no está aquí vuestra dama.

CESAR.

Estáislo vos. ¿Ay, si mia
os pudiera llamar yo!

NARCISA.

Vos pensais, señor, que os mira
Sirena, ó ensayais celos,
con que podais reducirla
á la voluntad primera.

CESAR.

No sé en eso lo que os diga;
pero sea lo que fuere,
mostraos vos agradecida,
favorecedme agradable,
correspondedme propicia.

NARCISA.

¿Y han de ser burlas, ó veras?

CESAR.

Veras ó burlas, prosigan
favores, que por ser vuestros,
como quiera, son de estima.

NARCISA.

Va de burlas. Yo os prometo,
duque y señor....

CESAR.

No vendria
mal ahí un "dueño amado."

NARCISA.

Vaya, porque en todo os sirva.
Yo os prometo, amado dueño,
que vuestra presencia digna
de augustas estimaciones,
y en competencia la envidia
que Sirena me ha causado,
han dado tal batería
desde anoche á mi sosiego,
que si fuí dama fingida,
ya celosa, y agraviada
de que lo que solicitan
mis favores, gocen otras,
es llanto lo que fue risa.
¿Para tan poco soy yo,
que habiéndome hallado digna
para que entre tantas damas
con la marquesa compita,
no podré, comunicada,
sacar del alma reliquias,
que si celos las conservan,
desengaños las marchitan?
¿Sirena haciéndoos agravios,
yo sirviéndoos, y que digan
que ella salió vitoriosa,
y que yo quedé vencida?
Si tal ofensa llegara
á ejecucion, si su dicha
volviera á gozar las paces
que los celos reconcilian,
del modo que el alma agora
sale á los ojos por cifras
de lágrimas, no dudeis
de que mi muerte las siga.

(Llora.)

CESAR.

¿Pues llorais?

NARCISA.

¿No he de llorar
injurias no merecidas,
diligencias mal pagadas,
y mudanzas no admitidas?

CESAR.

¿Luego aquesto va de veras?

NARCISA.

No, señor; mas si lastiman
tanto de burlas, ¿qué harán
celos de veras?

SIRENA, *aparte*.

Perdida

estoy; salgamos, agravios,
á manifestar desdichas;
que si inventaron sospechas,
para acechar, celosías,
Perilo de sus tormentos
serán, pues se martirizan
á sí mismas, y en su daño
padecen lo que averiguan.
Pero no; sepamos antes,
supuesto que fue fingida
la fábrica de este amor,
qué ya verdades confirman,
en qué estado estoy con Cesar,
y si lágrimas hechizan
voluntad, que tan constante
blasonaba de ser mia.

CESAR.

No lloreis, soles hermosos;
que quien perlas desperdicia,
no sabe lo que le cuestan
á quien os ama, sus indias.
Ya sean veras, burlas ya,
vuelva á serenar la risa
nublados tristes que esconden
la belleza de sus niñas;
que yo os juro, á fe de amante,
si vuestros ojos porfian,
puesto que en mí sea bajeza,
que afeminado los siga.
Ya Sirena está olvidada:
amor, todo maravillas,
vuestra hermosura imperiosa,
y agravios que desobligan,
hicieron este milagro.

Por su igual amante elija
la marquesa á Marco Antonio,
que su presuncion castiga.
Mejórese en vos mi amor;
mude señora á quien sirva;
despídase de Sirena,
y sea esclavo de Narcisa.

NARCISA.

Y eso ¿es ficcion, ó es verdad?

CESAR.

¿Qué sé yo? Como os imitan,
burlas serán, si os burlais,
y veras, si así se estiman.

NARCISA.

¿Amaréisme si yo os amo,
ya de veras reducida
á despedir fingimientos?

CESAR.

Daré á mi ventura albricias.

NARCISA.

¿Y Sirena?

CESAR.

No os iguala.

NARCISA.

¿Si la veis?

CESAR.

Huiré su vista.

NARCISA.

¿Si os ruega?

CESAR.

Vengaré agravios.

NARCISA.

¿Si os llora?

CESAR.

Serán malicias.

NARCISA.

¿Estais celoso?

CESAR.

De vos.

NARCISA.

¿De mí?

CESAR.

Vuestro amor lo diga.

NARCISA.

¿De Alejandro?

CESAR.

Ese me abrasa.

NARCISA.

¿De Marco Antonio?

CESAR.

Me entibia.

NARCISA.

En fin ¿me amais?

CESAR.

Os adoro.

NARCISA.

Sois duque.

CESAR.

Vos sois mas digna.

NARCISA.

No os merezco.

CESAR.

Asentareis....

NARCISA.

¿Dónde, Cesar?

CESAR.

En mi silla.

NARCISA.

¿Por duquesa?

CESAR.

Y por mi esposa.

NARCISA.

¡Grande amor!

CESAR.

Voluntad limpia.

NARCISA.

Dadme esa mano.

CESAR.

Y el alma.

(*Dánselas.*)

NARCISA.

Ya sois mio.

CESAR.

Ya sois mia.

NARCISA.

¿Quién será mi dueño?

CESAR.

Cesar.

NARCISA.

¿Quién lo asegura?

CESAR.

Mi vida.

NARCISA.

¿A quién dejais?

CESAR.

A Sirena.

NARCISA.

¿Y á quién amais?

CESAR.

A Narcisa.

SIRENA.

(*Saliendo.*)

Ya no pueden mis ojos,
mirando agravios, reportar enojos:
desenlazed, livianos,
nudos de amor en fementidas manos;
que si este es nudo ciego,
celos abrasan nudos, que son fuego.
¡Ah ingrato! ¡ah leve amante,
á méritos de pruebas inconstante!
No en balde en tí temia
descréditos de amor el alma mia.
Probé tu fortaleza
por estimarte mas: ¡qué rustiqueza,
hacer en hombres prueba,
liviano pino al mar, que el viento lleva!
De Narcisa vasallo,
diamante te compré, vidrio te hallo.
¿Tú es bien que duque seas?
¿Tú blasonas valor? ¿tú, que te empleas
en inconstancias leves,
no siendo hombre, á regir hombres te atreves?
Desmentiste quilates.

CESAR.

Multiplica á tus celos disparates;
que en vano se llamaran
frenéticos, si no desatinaran.
Sirena, ¿qué pretendes?
Logras mudanzas, ; y firmezas vendes!
De tí dé testimonio
(pues eres su Cleopatra) Marco Antonio ;
crece en él esperanzas,
y deja que te imiten mis mudanzas,
pues tan agradecido
estoy á tu desden, si no á tu olvido,
que me pesa deberte
la dicha apetecida de perderte,
por el hermoso empleo
que con mejoras de mi bien poseo.

SIRENA.

Gózale muchos años,
si merecen tal premio tus engaños;
pero advierte primero,
no que satisfacerte humilde quiero,
sino apoyar mi fama,
que ofendida por tí, leve se llama.
Yo deseosa necia
de ver en tí lo que el amor mas precia,
fingí que te olvidaba,
y en tu competidor tu fe probaba,
escogiendo un sugeto
soberbio, desigual, pobre, indiscreto;
porque mas facilmente
pudieras conocer, á ser prudente,
en sus desigualdades,
por viriles de engaños mis verdades;
que no estoy yo contigo
en tan necia opinion, que por castigo
de mi eleccion ligera,
á hombre tan indigno amor tuviera.
Tus prendas añadieron
deméritos en él, que á luz salieron;
porque como en la fea
mas con las joyas la fealdad campea,
quise dar testimonio

con ellas de lo que era Marco Antonio.
 Extraño fue este esceso,
 mucho apurar tu amor, yo lo confieso;
 pero como crecias
 en magestad, y las sospechas mias
 sembraban desconfianzas,
 creí que despachándote libranzas
 de celos, aumentarás
 caudales á tu amor, y mas me amaras;
 que en la amorosa cuenta
 ceros los celos son que la acrecienta,
 y cuanto mas añada,
 mas crece, aunque por sí no valen nada,
 sacando mis desvelos
 cuan parecidos son ceros y celos.
 Yo, pues, que esto creia,
 á la unidad de amor celos ponía;
 mas tú, porque presuma
 tu poco amor, errástete en la suma.
 Ya estoy escarmentada:
 vuelve, Cesar; no valga cuenta errada,
 y acábense desvelos;
 si en ellos te adeudé, ya cobro en celos.

CESAR.

Marquesa, llegado ha tarde
 vuestra excusa, aunque admitida;
 que, la vitoria perdida,
 quien se disculpa es cobarde.
 A tanto celoso alarde,
 y tropel de sinrazones,
 ¿qué valen satisfacciones
 en agravios mal seguros?
 Asaltos combaten muros,
 y ofensas inclinaciones.
 En la mesa del amor
 los celos son el salero,
 que para ser verdadero,
 estos le han de dar sabor;
 pero advertid que es error
 echar mucha al que es sencillo:
 con la punta del cuchillo
 toma sal el cortesano,

porque con toda la mano ,
 no es templallo, es desabrillo.
 Si sabe vuestra quereña
 que es fuego la sal que abrasa,
 y sembrais de sal la casa ,
 ¿cómo vivireis en ella?
 Los celos, Sirena bella,
 por ser de la sal trasunto ,
 en pasando de su punto ,
 no sazonan, mas maltratan:
 ¿qué quereis, si celos matan ,
 de un amor que ya es difunto?

NARCISA.

A menosprecios tan claros ,
 ¿qué intentas aborrecida?

SIRENA.

Permitid por despedida ,
 que á parte merezca hablaros.

CESAR.

Confirmad con retiraros ,
 Narcisa, mi firme amor.

NARCISA.

Harélo; mas con temor
 de que os he de hallar mudado.

CESAR.

No se muda amor rogado ,
 si llega tarde el favor.

(*Desviase Narcisa.*)

SIRENA.

En fin, Cesar, por querer
 probaros, ¿he de perderos?

CESAR.

Añadisteis tantos ceros ,
 que ya es imposible hacer
 la cuenta.

SIRENA.

Solia yo ser
 dueño vuestro.

CESAR

Pasó ya
 ese tiempo.

SIRENA.

¿ Pena os da
perderme?

CESAR.

Todo se olvida.

SIRENA.

¿ Y si me costais la vida?

CESAR.

Marco Antonio os llorará.

ESCENA VII.

ALEJANDRO, *de jardinero.*— DICHOS.

ALEJANDRO.

(*Llegándose á Narcisa.*)

Disfrazado y escondido,
mudable, escuché contratos
de tus términos ingratos
contra mi amor ofendido.
¿ Para qué finges quimeras,
cuando de mi amor te burlas?
Comenzaste á hablar de burlas;
ya me das muerte de veras.
Vencerte el interes pudo
de un duque; que eres muger,
y tu amor es mercader,
aunque se pinta desnudo;
que de vuestra compañía,
¿ qué otra cosa ha de sacar
si no es vender y comprar?
Mas ¿ quién de palabras fia
de mugeres?

NARCISA.

Loco vienes;
mira el peligro en que estás.

ALEJANDRO.

No quiero ya vivir mas;
mátame el duque, pues tienes
gusto de esto.

NARCISA.

Vuelve en tí.

CESAR.

¿Qué es eso?

NARCISA.

Es el jardinero.

ALEJANDRO.

Fuilo de amores primero ;
sembré lo que no cogí.
Alejandro soy : ¿qué esperas ?
la muerte me manda dar ;
morir quiero , y no aguardar
burlas que abrasan de veras.

CESAR.

(*Aparte.* ; O celosa competencia !
Ya Sirena restauraba
el alma que la olvidaba ;
mas ¿qué no hará su presencia ?
y cuando en llama remisa
iban creciendo desvelos ,
tocaron al arma celos ,
y abrásome por Narcisa.)
Atrevimientos de amor
dignos son de perdonar ;
del jardinero es sembrar ,
y de otro gozar la flor :
y si vuestra queja estriba
en serlo vos , mal haceis ;
que el jardinero , ya veis
que para sí no cultiva.
Narcisa ha de ser duquesa
de Milan.

ESCENA VIII.

—

MARCO ANTONIO.—DICHOS.

MARCO.

(*Llegándose á Sirena.*)

Sirena mia ,

como sin vos no vivia
amor que solo profesa
adoraros....

CESAR.

Marco Antonio,
¿tambien estais acá vos?
(*Aparte.* Celoso yo entre los dos,
dará mi amor testimonio
de la confusion estraña
en que me pone mi pena.
Dándome celos Sirena,
la adoro cuando me engaña;
dándome Narcisa celos,
por ella á Sirena olvido;
y yo en las dos dividido,
bandos formo de recelos.
Neutral á entrambas deseo,
sin determinar ninguna;
celos me abrasan en una,
celos en la otra empleo;
y de una y otra celoso,
muere amor donde comienza.
Indiferente estoy, venza,
celos, el mas poderoso.)

ESCENA IX.

CARLOS.—DICHOS.

CARLOS.

El embajador de Francia
viene en tu busca, señor.

CESAR.

(*Aparte.* Divierta el embajador
las penas de mi ignorancia.)
Marco Antonio, acompañadme;
venga Alejandro conmigo.
(*Aparte.* Yo soy mi mismo enemigo.
Celos, morid, ó matadme;
no eslaboneis la cadena

de mi muerte tan aprisa.
Muero, Carlos, por Narcisa,
y enloquécame Sirena.)
(*Vanse los caballeros.*)

ESCENA X.

SIRENA. NARCISA.

NARCISA.

Ya confesarás que estás
vencida, si opositora.

SIRENA.

Yo sé que Cesar me adora;
presto mis dichas verás.

NARCISA.

Sé yo que te menosprecia.

SIRENA.

Quien bien ama, tarde olvida.

NARCISA.

¡Qué necia por presumida!

SIRENA.

¡Qué presumida por necia!
(*Vase Narcisa.*)

ESCENA XI.

DIANA.—SIRENA.

DIANA.

Pues, prima mia, ¿en qué estado
quedamos?

SIRENA.

En el peor;
costosas pruebas de amor
mi paciencia han apurado.
Ya se acabó mi esperanza,
ya se remató mi seso.

DIANA.

¿Qué dices?

SIRENA.

Solo intereso
morir, y tomar venganza.

DIANA.

¿De qué suerte?

SIRENA.

A costa mia.

A Marco Antonio he de dar
la mano, y así vengar
mi agravio, pues desvaría
el duque, celoso de él.

DIANA.

Eso es castigarte á tí.

SIRENA.

Necia en hacer pruebas fuí;
el remedio fue crüel;
pero pues vencida salgo,
y erré en la sustancia y modo,
atorménteme á mí todo,
y siéntalo Cesar algo.

DIANA.

Tendrá la dicha del necio
Marco Antonio, de esa suerte.

SIRENA.

Celos me darán la muerte.
Si á manos de un menosprecio
he de morir, ofendiendo
y ofensas de amor vengando,
moriré, prima, matando,
y no viviré muriendo.
Ya no hay consejo ninguno;
no te canses con cansarme:
dos ojos he de sacarme
por sacarle á Cesar uno.
Vamos.

ESCENA XII.

ALEJANDRO.—DICHAS.

ALEJANDRO.

Marquesa , escuchad ,
y los dos menospreciados
comuniqemos cuidados
de una misma actividad.
Celos del duque sentís ,
celos de Narcisa siento ;
uno mismo es el tormento
que disimulo y sufrís.
Juntemos los dos caudales ;
y si hay tanto estorbo en medio ,
seamos en el remedio ,
como en la desdicha , iguales.
Cesar celoso intentó
vengarse de vos con celos ,
y á costa de mis desvelos ,
lo que de burlas trazó ,
de veras salió en mi daño.
Que bien me quereis fingid ;
venza un ardid á otro ardid ;
salga un engaño á otro engaño.
Narcisa es vuestra enemiga ,
y quedando vencedora ,
por cobarde opositora ,
merecereis que os persiga.
Yo sé que si os ve mi amante ,
y que los dos nos queremos ,
los celos que padecemos ,
nos den venganza bastante.
Mueran del mal que morimos ,
desvelos causen desvelos ,
cúrense celos con celos ,
y sientan lo que sentimos.

SIRENA.

Eso, Alejandro , trazaba ,

y ya buen fin me prometo;
solo mudaré sujeto.
Con Marco Antonio intentaba ,
casándome , (¡qué locura !)
comprar tormentos por darlos ;
mejor podré ejecutarlos
con vos. ; Ay si hallasen cura
nuestros males de esta suerte !

ALEJANDRO.

Todo es vida hasta morir ;
Narcisa lo ha de sentir
infinito, y no es tan fuerte
Cesar , que encubra rigores
que desatinan los sabios ,
ni disimulan agravios
de este porte los señores.
Pues los nuestros se conjuran,
probaremos si es verdad
que en aquesta enfermedad
Celos con celos se curan. (Vanse.)

Sala en casa de Narcisa.

ESCENA XIII.

NARCISA. MARCO ANTONIO.

MARCO.

El duque me prometió
ser en mis bodas padrino ,
y no sé por qué camino
mi suerte desbarató
ese principio dichoso.
La marquesa favorece
mi amor, puesto que parece
que trata menos gustoso
este casamiento : en vos ,
Narcisa hermosa , consiste

mi dicha : Cesar asiste
á vuestro amor, en los dos
correspondiente su llama.
La corona milanese
os venera su duquesa ;
¿ qué le pedireis, si os ama,
que os niegue el duque? Pedilde
que pues con vos se desposa,
su palabra generosa
me cumpla; porque yo humilde,
si á mi favor os obligo
en la intercesion presente,
os deba á vos solamente
la dicha y bien que consigo.

NARCISA.

Si el duque palabra os dió
de apadrinaros, y ordena
daros la mano Sirena,
no haré, Marco Antonio, yo
mucho en disponerle en eso.
Suplicaréle que acorte
plazos, y honre nuestra corte
con bodas, de que intereso
mas de lo que vos pensais.
Ya es de noche, yo os prometo
poner mañana en efeto
todo lo que me mandais.

MARCO.

Siendo vos mi protectora,
ya cesó el recelo en mí.

NARCISA.

Pienso que el duque está aquí.

MARCO.

A buena ocasion, señora,
viene; aprovechad en ella
el bien que espero por vos.

NARCISA.

Harélo así: andad con Dios.

MARCO.

Sed piadosa, pues sois bella. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

CESAR.—NARCISA.

CESAR.

Cosas de tanta importancia
como son las del sosiego,
si no se ejecutan luego,
entíbialas la distancia
del tiempo, Narcisa mía;
que no es perfeto el amor
que tiene competidor,
y negocia á sangre fria.
Lo que se quiso primero,
ó tarde ó nunca se olvida;
está Alejandro sin vida,
de celos, y considero,
si oís una vez su pena,
que os reconcilieis los dos,
haciendo Alejandro en vos
lo que casi en mí Sirena.
Atajar inconvenientes
es el consejo mas sano:
hoy me habeis de dar la mano,
nuestros contrarios ausentes,
para desterrar así
las reliquias que han dejado.

NARCISA.

Ya yo las he desterrado;
haced, gran señor, de mí
como de quien os confiesa
por su dueño y su señor,
y asegurando mi amor,
advertid que la marquesa
y Marco Antonio me han hecho
su intercesora con vos.
Quieren casarse los dos,
estando vos satisfecho,
y apadrinando su boda;

perinitildo.

CESAR.

En hora buena:

¿mas sabeis vos que Sirena
gusta de eso?

NARCISA.

Milan toda

sabe el amor que le tiene;
buen testigo habeis vos sido.
Sirena esto me ha pedido.

ESCENA XV.

—

UN PAGE.—DICHOS.

PAGE.

Sirena, señora, viene
á veros. (*Vase.*)

CESAR.

No me halle aquí;
escondido quiero ver
si celosa una muger,
y despreciada de mí,
se puede determinar
á tan loco arrojamiento.
(*Aparte.* ¡O celos, vuestro tormento
la vida me ha de quitar!)
(*Escóndese.*)

ESCENA XVI.

—

SIRENA. ALEJANDRO.—NARCISA. CESAR, *escondido.*

SIRENA.

(*Hablando aparte con Alejandro, al salir.*)
Yo sé que el duque entró aquí.

ALEJANDRO.

Disimula, si procuran
los celos, que celos curan,

curar nuestro frenesí.

NARCISA.

¿Pues, marquesa? A tales horas
no se admiten desafíos.

SIRENA.

No; mas hácese amistades
que turbaron desatinos.
Tan avergonzada vengo,
Narcisa, de haber desdicho
mi estimacion de enterezas
nobles en mí á los principios,
que de mí misma agraviada,
he tomado por castigo
el venirme á dar gozosa
plácemes, que por ser míos,
harán tus dichas mayores.
Goces á Cesar mil siglos
de amantes y honestos lazos,
que amor dilate con hijos.

NARCISA.

Guárdete, marquesa, el cielo
otros tantos; que ya estimo
en mas mi suerte, pues llega
á gratularse contigo.

SIRENA.

¡Ay amiga! (que ya vuelvo
á darte este nombre antiguo)
¡qué necias hemos estado!
y yo ¡qué bárbara he sido!
Sirvióme antes que heredase
el duque, y su amor remiso
quise aquilatar con celos;
salióme mal este arbitrio.
Amóte, y menosprecióme,
y á ser yo cuerda, en su olvido
fundara felicidades
que, aunque tarde, solicito.
Envidiéte, (soy muger,
¿qué mucho?) puse á peligro
mi salud y mi sosiego,
quiso rendirse á partido
mi presuncion, no admitió

Cesar desengaños dignos
de estimacion en los nobles,
pagó en desprecios suspiros,
abrieron sus desengaños
los ojos á mis sentidos,
castigué mis liviandades,
y restauréme el jüicio.
No es de mi inclinacion Cesar,
somos los dos tan distintos
en condiciones, que fueran
sus regalos mi martirio,
á desposarme con él:
obligáronme servicios
á torcer mi inclinacion,
yo presumida, él altivo.
Si amante, no pude hacer
que despidiese un amigo
á mi voluntad opuesto,
de sus secretos archivo,
mal mi gusto procurara
teniéndome en su dominio;
pues de un amante rebelde
se hace un tirano marido.
Quise volverme á mi estado,
cuando á consolarme vino
Alejandro, y consolarse,
quejoso de tus desvíos.
No sé que deudo se engendra
entre los que de un mal mismo
están enfermos: mas sé
que al instante que nos vimos
los dos, lo que compasion
recíproca fue al principio,
convirtió la semejanza
del mal en amor benigno.
Yo despreciada de Cesar,
él por tí puesto en olvido,
y los dos vuestros estorbos,
paréceme que os servimos
él y yo, si os despejamos
respetos de haber querido,
y agraviar pasadas prendas,

que dan pena á agradecidos.

NARCISA.

¿ Luego Alejandro pretende
ser tu esposo?

ALEJANDRO.

Determino

aun hasta en esto imitar
las dichas que en vos envidio.
Sirena (dadme licencia
para alabarla) es prodigio
de amor, pues cura mis celos,
contra la opinion de Ovidio.

NARCISA.

Cure muy en hora buena;
¿ mas para qué habeis venido
á darme á mí cuenta de eso?
¿ Podreis los dos persuadiros
que vengándoos de mudanzas,
he de llegar yo á sentirlo
de suerte, que forme quejas?
¿ Qué estratagema tan tibio!
Quiérame á mí el duque bien;
para ocupar tal vacío,
sois vos muy poco sugeto.

ALEJANDRO.

Yo con Cesar no compito,
antes vengo á suplicaros
que siendo nuestros padrinos,
faciliteis con su alteza
permisiones; que he temido
que gusta estorbar mi suerte.

NARCISA.

Otro tanto me ha pedido
Marco Antonio, confiado
en que siempre fue bien visto,
cuerda eleccion de Sirena.

SIRENA.

Por eso solo le privo
de tan desigual intento.

NARCISA.

¿ Pues no le has favorecido?

SIRENA.

Por causar celos á Cesar ,
 amante le hice de anillo.
 Salióme mal esta traza ;
 tenga , condesa , contigo
 mejor lugar mi eleccion ,
 y haz esto que te suplico.

NARCISA.

Yo vengo muy bien en ello ;
 mas temo que ha de impedirlo
 el duque , formando agravios
 de que en prenda que bien quiso ,
 ponga un vasallo los ojos.
 Escusad este peligro ,
 y dáos las manos los dos ,
 sirviéndoos yo de testigo ;
 que hecho una vez , no tendrá
 remedio cualquier designio
 que pretenda deshacerlo ;
 y despues , si le apaciguo ,
 (que sí haré , segun me adora)
 podreis mas ostentativos
 celebrar conformidades.

ALEJANDRO.

¡Qué bien , señora , habeis dicho!
 Dadme , marquesa , esa mano.

SIRENA.

El alma con ella os rindo.

(*Danse las manos.*)

NARCISA , *aparte.*

¡Cielos , que esto va de veras!

CESAR , *aparte.*

Tormentos , ¡qué es lo que miro !
 Vive Dios , que pierdo el seso.

NARCISA.

(*Apartándolos.*)

Esperaos ; que es desvario ,
 en lo que ha de durar tanto ,
 arrojaros sin medirlo.

Mirad que los dos celosos ,
 determinais ofendidos ,
 sospechando que os vengais ,

peligrosos laberintos.

Yo sé que no os quereis bien;
acabad de persuadiros
que os entiendo.

ALEJANDRO.

Acabad vos,
Narcisa, ya el impedirnos
lo que os importa tan poco;
que por el cielo os afirmo
(ya que llegais á apurarme)
y por su eterno artificio,
que de veros empleada
en Cesar (de quien no envidio
mudanzas que en vos adora)
estoy tan agradecido,
cuanto os soy deudor de haberme
el alma restituido,
que tiranizada un tiempo,
se malogró en vuestro hechizo.
Sirena (que pues á esto
llegamos, fuerza es decirlo)
os hace tantas ventajas
en la belleza que admiro,
la discrecion, la firmeza
que el duque puso en olvido,
cuanta la luz á la sombra,
cuanta el diamante á los vidrios.
Mátenme vuestros desprecios,
y vuelva yo á los martirios
de amaros (que es maldicion
que tiemblo), si no os olvido,
si á la marquesa no adoro
mas que al sol el opuesto indio,
mas que el iman á su estrella,
mas que la flor al rocío.

SIRENA.

Y yo, que lealtades pago,
si menosprecios castigo,
tanto á Cesar aborrezco,
cuanto en vos, amante mio,
de dueño y gustos mejoro;
que el imperio no hace digno

á quien por sí desmerece,
ni yo sus lisonjas sigo.
Vos firme, Cesar mudable;
vos afable, él presumido;
vos amoroso, él severo;
vos leal, él fementido;
¿qué mas dicha que olvidarle?
¿qué mas suerte, si os elijo?
¿y qué mas bien que llamaros
descanso de mis suspiros?

CESAR.

(*Saliendo.*)

Primero, mudable, ingrata....

NARCISA.

Primero, desconocido....

CESAR.

Que tal veas....

NARCISA.

Que tal goces....

CESAR.

Mi venganza....

NARCISA.

Tu castigo....

CESAR.

Narcisa, ya yo no os amo.

NARCISA.

Señor, lo que os quiero finjo.

CESAR.

Celos se curan con celos.

NARCISA.

En mi daño lo averiguo.

CESAR.

Dad la mano á vuestro amante.

NARCISA.

Resistirélo ofendido.

ALEJANDRO.

Mal podré, si satisfecho
adoro lo que resisto.

(*Danse las manos.*)

CESAR.

Vos, marquesa, sois mi esposa.

SIRENA.

Bien os tengo merecido.

(*Danse las manos.*)

CESAR.

Basta, que amor funda estados,
y da en admitir arbitrios.

ESCENA XVII.

—

CARLOS.—DICHOS.

CARLOS.

En busca de vuestra alteza....

CESAR.

Carlos, dad reconocido
los plácemes á mi esposa;
y vos, mi bien, á mi amigo
favoreced.

SIRENA.

Con tal nombre
en estimarle os imito.

CARLOS.

Gocéis los dos mil años.

ESCENA XVIII.

—

GASCON.—DICHOS.

GASCON.

¡ Dos horas! ¡ Cuerpo de Cristo
con la prision jardinera!
Si supieras los mosquitos
que me daban garrochon....
Pero ¿ qué es esto que miro?
¿ Dos á dos y mano á mano?
¿ Juegan cañas Baldovinos
y Belermas? Si os casais,
el cura soy, yo os bendigo.

Marco Antonio está á la puerta;
pues no es de los escogidos,
á la puerta, por lo bobo,
le arroje amor como niño,
y escarmienten en él necios.

CARLOS.

El senado sea testigo
de que en materia de amores,
segun los ejemplos vistos,
Celos con celos se curan.

GASCON.

Si contentan, digan *vitor.*



EXAMEN

DE

CELOS CON CELOS SE CURAN (1).



Entre las comedias que compuso el Maestro Tirso de Molina, pocas podrán presentarse al público tan arregladas en su plan, tan bien seguidas, ni de un estilo tan modesto y urbano como la presente. Es verdad que en todas manifiesta un ingenio agudo, un conocimiento poco comun del corazon humano, y una gracia cómica inagotable; pero al mismo tiempo que se admiran estas excelentes prendas, se advierte tambien falta de conducta en la accion, de enlace en algunas escenas, situaciones indecorosas para el teatro, y pensamientos cuya osadía ofende la delicadeza de los espectadores.

La comedia que insertamos, se halla libre de estos defectos. La idea está bien concebida, la intriga es interesante, las situaciones muy verosímiles, y el language decoroso y noble. La combinacion dramática es original, á pesar de que algunos hayan juzgado que tiene alguna analogía con los *Milagros del desprecio* de Lope de Vega. Mas facil es de creer que Moreto debió en parte á la de Tirso su hermosa comedia *El desden con el desden*. Nosotros sin embargo no advertimos que tenga la de Tirso con las dos citadas ninguna conexion particular, y aunque pudiera defenderse aquella opinion, nos parece que las razones que se alegasen serian mas ingeniosas que sólidas. Lope y Moreto pintaron dos mugeres desamoradas y enemigas de los hombres, y dos amantes que vencen al fin su obstinacion, el uno con los desprecios y el otro con el desden. Tirso de Molina se propuso otro objeto diferente, y los medios dramáticos que emplea son por con-

(1) Copiado de la coleccion general de comedias escogidas.

siguiente distintos. Sirena no aborrece á los hombres; ama á Cesar apasionadamente; pero es caprichosa y altiva: este es el caracter que quiso pintar el poeta, y lo consiguió con sumo acierto. Sirena se empeña en separar á Cesar de la amistad de Carlos, sin otra causa que su antojo y vanidad.

Carlos, sea ó no leal,
me cansa, y no será bien,
Cesar, que querais vos bien
á quien me parece mal;
dejarle será señal
de que á mi amor os obligo.

CESAR.

Mirad, señora....

SIRENA.

Esto os digo:
leyes de mi gusto son;
Cesar, en resolucion,
ó con Carlos, ó conmigo.

La amistad que intenta destruir, en nada la ofende, no presenta obstáculo alguno para lograr la mano de Cesar, ni tampoco se opone á su deseo la grandeza á que sube su amante ocupando el trono de Milan. Es, pues, el orgullo el que la inspira la idea de atormentarle con los celos de un hombre de corto mérito: juzga que de este modo será mas solemne el triunfo de su vanidad, y mas segura la posesion de su amante.

SIRENA.

He nacido,
Diana, tan sobre mí,
que si le favorecí
hasta este punto, no sé
desde agora lo que haré, &c.
.....
Yo solo intento querer,
aunque soberbia parezca,
amante que engrandecer,
no duque que me engrandezca, &c.
.....

DIANA.

Pero ¿con quién le darás
celos, rabiosos venenos?

SIRENA.

Con hombre que valga menos,
para que lo sienta mas.

Desde esta escena empieza á interesarse vivamente el espectador; porque el medio que adopta Sirena es inoportuno y violento, y debe producir las consecuencias que la indica Diana.

De esas cuentas

no sé si has de salir bien.

.

Celos engendran olvido,
si paran en menosprecio.

SIRENA.

Yo he de probar los quilates
de los celos.

DIANA.

Grande error

es que probar hombres trates;
porque pruebas en amor
suelen llorar disparates.

Las escenas siguientes del primer acto, y todas las demas hasta el fin de la comedia, van aumentando progresivamente el interes. Por el pasage que Gascon refiere con tanta gracia, y despues por la visita de Marco Antonio, penetra Carlos los designios de Sirena.

Ya de tu desasosiego
la cura eficaz hallé;
que mas alcanza quien ve,
que el que se ocupa en el juego.
Ni Sirena te aborrece,
ni mi amistad la da enojos,
ni en Marco Antonio los ojos
pone, ni le favorece.
Por tenerte inclinacion,
con ardides te conquista
su amor; sé buen estadista;

y lograrás tu afición.
Muger que estima el secreto
de su amor de suerte en tí,
que le recela de mí,
si no te quiere, ¿á qué efeto
mandarle publicar pudo
á este necio opositor?

.
Descuida el asegurar,
y aviva mucho el temer:
vete Sirena ensalzado,
por duque reverenciado,
y casi real tu poder;
dificulta su esperanza
al paso que vas creciendo,
y amor por celos subiendo,
lo mas remontado alcanza.
A mas subir, mas escalas
para alcanzarte procura,
porque á tan sublime altura,
mal volará amor sin alas.

Le aconseja que se valga de las mismas armas para
vencer los ardides de Sirena.

Finge amar en otra parte;
que celos en competencia,
donde hay menos resistencia,
vencedor han de sacarte.
Sirena es muger; no puede
siéndolo, disimular
su menosprecio y pesar;
fuerza es que vencida quede.
Amante que fue querido,
y ruega menospreciado,
muestras da de afeminado,
cuando se humilla ofendido;
y no has de ser tú tan necio,
que ruegos en tal sazón
animen su presunción,
y engendren su menosprecio.

Cesar adopta el pensamiento de Carlos, y se resuelve á ejecutarle. Con este designio va á casa de Narcisa. Las situaciones que saca de aquí el poeta son admirables. La escena décima del acto segundo está llena de verdad y de interes, y las salidas repetidas de Alejandro son muy propias de los celos que sufre, y hacen un gran efecto en el teatro. Todas las escenas siguientes estan bien enlazadas y llenas de movimiento y vida. Igualmente tienen el mismo mérito las del acto tercero; pero la mas dramática es la sesta, en que Sirena recibe el castigo de su vanidad con el desprecio y desengaño de Cesar. La inclinacion que este y Narcisa se manifiestan es muy natural, y este medio de que se vale el poeta, al mismo tiempo que acredita su conocimiento del corazon humano, le sirve ingeniosamente para atormentar á Sirena, que observaba escondida los progresos de unos amores escitados únicamente por su indiscrecion. ¡Cuánto debe padecer su orgullo al ver que el fingido afecto de Cesar se convierte en una pasion efectiva! Si no le hubiera puesto en la necesidad de vengarse por los mismos medios de que ella se valió para ofenderle, no se hubiera enamorado de Narcisa, ni esta le hubiera correspondido. Queda, pues, completamente castigada. Sin embargo, seria demasiado cruel esta venganza, é injusta la suerte que sufriria Alejandro, si el poeta no reconciliase á los dos amantes. Este desenlace acredita su talento dramático, y deja completamente satisfecho al espectador. Marco Antonio paga su estupidez con el desprecio, como ha sucedido y sucederá siempre á todos los necios que se llenan de un insensato orgullo, cuando se ven favorecidos sin merecerlo.

En cuanto al mérito de los diálogos, al de las gracias cómicas, del lenguaje y de la versificacion, no hay mas que decir sino que son obra de la pluma del Maestro Tirso de Molina; y solo sentimos no poder aprobar estos versos de la escena diez y seis del tercer acto.

CESAR.

Primero, mudable, ingrata....

NARCISA.

Primero, desconocido....

CESAR.

Que tal veas....

NARCISA.

Que tal goces....

Porque son de malísimo gusto, inverosímiles y ajenos de la situación, aunque parezcan ingeniosos. Se olvidó Tirso al componerlos de que cuando habla la pasión, enmudece el ingenio.



